



**Tomás R. Campos**  
**La nueva política de la  
administración Reagan en El Salvador**



**RESUMEN**

*En este artículo se trata de analizar la actual política norteamericana respecto de América Latina, pero teniendo presente sobre todo el caso de El Salvador. Se analiza para ello no tanto las causas estructurales últimas de esa política, sino las razones coyunturales que han movido a la administración Reagan a plantear nuevos modos, más drásticos, de esa permanente política intervencionista. En razón de que se buscan motivos coyunturales, que no son sino la cara externa de las causas estructurales, se analizan en el trabajo sucesivamente las actitudes, los supuestos, las justificaciones, los propósitos y finalmente las realizaciones de esa política. Sólo después se hace una presentación crítica que en un primer paso se presenta como crítica por los hechos mismos y en un segundo paso como crítica por razonamiento. Termina el trabajo con unas conclusiones. Lo que se pretende es no sólo clarificar esa política para poder calcular sus posibles actuaciones sino también para indicar cómo debe actuarse frente a esa política en orden a tener algún éxito.*

**1. Introducción.**

**E**l propósito de estas notas no es tanto el de medir cuantitativa y detalladamente el monto de la intervención norteamericana en El Salvador ni los modos distintos (económico, ideológico y militar) en que se lleva a cabo. Lo que más importa subrayar es, sin despreciar lo anterior, la cualidad de esa intervención: ver de qué se trata en esa intervención, cuál es su sentido y cuáles sus supuestos, esto es, ver cuál es la verdadera realidad de la intervención norteamericana.

Aunque se tenga como punto de referencia o de comprobación el caso de El Salvador, el estudio es más amplio en cuanto se aproxima a la na-

turalidad general de la intervención en los demás países. La hipótesis es que lo pretendido por la intervención es siempre lo mismo, pues su caracterización pende de los intereses de USA, y las diferencias surgen del lugar donde se aplica la intervención. Puede, por tanto, tomar distintas formas, pero en el fondo se trata siempre de lo mismo.

**2. Actitudes norteamericanas que favorecen el intervencionismo.**

Si examinamos el problema en el momento actual, esto es, refiriéndonos al modo como Reagan y Haig enfocan el intervencionismo norteamericano, nos encontramos, por lo pronto, con unas actitudes específicas que no sólo sirven para

aclearar el modo del intervencionismo, sino que sirven de indicación para ver lo que se puede esperar de él en estos primeros pasos de la actual administración norteamericana:

2.1. Así como el triunfo electoral de Carter se debió en parte al quiebre moral de la administración republicana que recoge los efectos del síndrome de Vietnam y, sobre todo, la descomposición moral de Watergate lo que da paso a un propósito de moralización de la política norteamericana, que en el exterior se refleja como política de los derechos humanos; en el triunfo electoral de Reagan se hacen presentes profundas sensaciones de fracaso, que en el interior se reflejan con características económicas y que en el exterior se reflejan como derrotas de la hegemonía y liderazgo norteamericanos (Afganistán e Irán; Etiopía, Angola, Mozambique, Zimbawe; Nicaragua, Grenada, El Salvador).

"Todos hemos sido deshonrados, y nuestra credibilidad de gran nación ha sido comprometida, por no decir otra cosa. Nuestro escudo se ha oxidado".

"Nuestra tasa de incremento de la productividad, que una vez fuera el fundamento real de nuestro poder industrial, constituye ahora menos de la mitad de la de aquellas naciones que compiten con nosotros en el mercado mundial, y menos de un tercio de la de Japón".

"Los marxistas totalitarios controlan la isla caribeña de Grenada, donde consejeros cubanos están entrenando guerrilleros para la acción subversiva contra otros países como Trinidad y Tobago, el vecino democrático de Grenada. En El Salvador, revolucionarios marxistas totalitarios, apoyados por La Habana y Moscú, impiden la construcción de un gobierno democrático".

"Estas humillaciones y signos de debilidad se van sumando. La falta de voluntad de la administración Carter para defender nuestra posición es impactante. Nosotros nos disculpamos, negociamos, retrocedemos y nos retiramos; nos quedamos en silencio cuando nos insultan y pagamos rescate cuando somos víctimas".

"Finalmente, debemos quitarnos de encima el 'síndrome de Vietnam'. Ya ha dominado nuestro pensamiento durante demasiado tiempo".

"Si se le dice la verdad, el pueblo norteamericano apoyará una política exterior que refleje su orgullo y su patriotismo, una política exte-

rior que sea mapa de nuestro gran futuro nacional, no un plan a plazos para la declinación de Estados Unidos".

(Ronald Reagan ante el Consejo sobre relaciones exteriores de Chicago, 17 de marzo, 1980; cfr. *Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, Vol. 9, 1981, pp. 301-307).

2.2. Junto a esta actitud de resentimiento y prepotencia que necesitará triunfos prontos e importantes y que, sobre todo, tendrá horror a nuevas derrotas, especialmente en el traspatio de El Salvador y Guatemala, se da una increíble simplificación de los acontecimientos mundiales:

el mundo está dividido en buenos y malos; los buenos son los aliados de los Estados Unidos y los malos son los aliados de la URSS (a quien Reagan todavía llama Rusia en algunos de sus discursos);

lo que hacen los aliados de USA, por malo que sea, son errores y excesos que podrán ser siempre tolerados con tal de que sigan siendo aliados; lo que hagan los enemigos de USA no tendrá justificación alguna y será acusado de terrorismo, violación de los derechos humanos fundamentales, etc. Se llega así a afirmar que con Somoza había en Nicaragua menos violaciones de los derechos humanos que con el sandinismo;

no hay consideración alguna ni de las causas estructurales de los males del Tercer Mundo (concepto aborrecible para Haig: "un mito, un mito muy peligroso", *l.c.*, p. 327) ni de la culpabilidad directa o causalidad directa de USA en esos males. Todo se debe a malos influjos comunistas o a falta de desarrollo de esos pueblos todavía en un estadio humano inferior.

2.3. Una indubitable convicción de que los valores de USA son los óptimos en la historia y de que su modo general de proceder, todo el *american way of life*, es no sólo lo mejor que ha habido en el mundo sino que es lo más deseable y deseado. Si algo han hecho mal, incluso en Vietnam, es no haber intervenido antes y más drásticamente (Haig).

### 3. Los supuestos fundamentales del Intervencionismo.

Pero más importante que las actitudes de los dirigentes norteamericanos, por más que sean importantes pues son las que van a regir en nombre de las actitudes del pueblo norteamericano,



son los **supuestos fundamentales** que legitiman el intervencionismo y que le van a dar cuerpo. No son sólo los supuestos lógicos de las medidas que se van a tomar y desde los que se pueden deducir las medidas que se van a tomar sino que son los supuestos reales, que reflejan cómo son vistos los intereses norteamericanos y cómo se va a planear su defensa.

3.1. El supuesto radical es que el interés decisivo de los Estados Unidos es el de su seguridad. Estados Unidos tiene su propia teoría y su práctica propia de lo que es la seguridad nacional.

La seguridad nacional implica en el caso de Estados Unidos que nadie tenga más fuerza que ellos y que ellos puedan imponer por la fuerza toda serie de medidas que favorezcan los intereses económicos, políticos y militares no sólo en el interior de USA, ni siquiera en el ámbito americano, sino en todo el mundo. No es, pues, una seguridad nacional fundamentalmente restringida a las fronteras norteamericanas y al estilo de su régimen y su forma de vida sino que es una seguridad estrictamente imperialista. Se dirá que esto es propio de cualquier superpotencia que dispute la hegemonía mundial, pero tal es el caso indiscutible de USA.

Los peligros para su seguridad los enfocan desde distintos criterios:

- lugares que son claves para su supremacía económica, estén o no cerca de sus fronteras (presiones para que el Japón no compita libremente en el mercado USA, vigilancia y amenaza sobre las fuentes del petróleo y las rutas del petróleo y de las materias primas, etc.);

lugares que son claves para contener a su adversario principal que es la URSS en su posible expansionismo sobre todo en Europa;

- lugares que por su proximidad lastiman el prestigio de USA y pueden convertirse en un peligro remoto dentro de una conflagración armada universal (caso del istmo centroamericano y de la cuenca del Caribe);
- lugares en que puede expansionarse un tipo de gobierno que simpatice más con el modelo socialista que con el modelo capitalista (Medio Oriente, Africa, etc.).

En nombre de su propia seguridad, que puede ir mucho más allá de lo que se puede justificar como exigencia intrínseca de un Estado soberano, USA se considera legitimado a intervenir donde sea y como sea, sólo mirando el criterio de ventajas y desventajas, costos y beneficios. En este punto toda consideración ética está fuera de lugar o se supone que el primer principio del "realismo ético" en cuestión política es el de mirar por la propia seguridad en el sentido de la total dominación, potencial o actualmente ejercida.

Esta política ha sido usual en USA, pero el agravante actual estriba en que se ven los problemas de seguridad a corto plazo y no se van a emprender políticas, que puedan ser algo riesgosas en un primer momento, aunque a la larga aportarían mucho más a la seguridad mundial y/o regional. También la política de los derechos humanos de Carter tenía como límite la seguridad de los Estados Unidos, pero mantenía el principio de que un gran foco de inseguridad, incluso para los Estados Unidos, era la permanente y grave violación de los derechos humanos

en otros Estados. Hoy la seguridad se mide mucho más por el anticomunismo de los Estados y por la fuerza que tengan para dominar la subversión.

Como halcones de esta posición pueden considerarse los principales ideólogos y/o colaboradores de Reagan. Tal el caso de Fontaine y todo su equipo, como Kirkpatrick y Haig.

3.2. El peligro mayor para la seguridad nacional de USA y de sus aliados está en el creciente poderío de la URSS, sobre todo en su creciente poderío militar, punto descuidado gravemente por la administración Carter y que piensa ser corregido drásticamente por la administración Reagan:

"La mala noticia es que ahora nos enfrentamos a una situación en la cual nuestro principal adversario, la Unión Soviética, nos sobrepasa virtualmente en todos los aspectos de la fuerza militar" (Reagan, l.c., p. 301).

"Mientras que los soviéticos arrogantemente nos advierten que debemos estar alejados de su camino, nosotros nos ocupamos de buscar violaciones a los derechos humanos en aquellos países que históricamente han sido nuestros aliados y amigos. Esos amigos se sienten traicionados y abandonados, y en varios casos específicos así ha sido en realidad" (ib.).

"Estos problemas fundamentales —la difusión del poder, la interdependencia de la comunidad de los aliados y el no reconocimiento de las diferencias entre los llamados países del Tercer Mundo— se hacen aún más difíciles a causa de lo que tal vez sea el fenómeno estratégico fundamental de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial; es decir, la transformación del poder militar soviético de un ejército terrestre continental y mayormente defensivo, a una fuerza de tierra, mar y aire completamente en condiciones de respaldar una política exterior imperialista" (Declaración de A. Haig en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, el 9 de enero de 1981, l.c., pp. 327-328; el subrayado está en el original).

"Hoy la amenaza de la intervención militar soviética afecta a los esfuerzos por lograr la civilidad internacional. De no contenerse el desarrollo del poderío militar soviético, éste llegará a paralizar totalmente la política occidental" (ib.).

Desde esa concepción es evidente que se golpeará en todos aquellos lugares que puedan ser

base o corran el peligro de convertirse en base de ese expansionismo militar soviético. De todas formas el freno a como dé lugar de cualquier expansionismo soviético será convertido en principio fundamental de la actual política norteamericana:

"El Comité de Santa Fe quiere subrayar que Estados Unidos no desea perseguir una política de intervención en los asuntos internos y exteriores de cualquier nación latinoamericana, a menos que los Estados Iberoamericanos sigan políticas que ayuden e instiguen la intrusión imperialista de poderes extracontinentales" (l.c., p. 185; el subrayado es mío).

No olvidemos que el Comité de Santa Fe y, a su cabeza, Roger Fontaine, son los ideólogos de la política latinoamericana de Reagan. En el texto transcrito se dice con toda claridad cuáles son los límites de la no intervención norteamericana en los asuntos de países latinoamericanos: cualquier presencia de la URSS legitimará una intervención proporcional de USA, esto incluso cuando un país soberano prefiera autónomamente establecer relaciones de preferencia con la URSS y sus aliados. Ante esta posible situación, USA se considera legitimada a hacer uso de su poder, a intervenir.

3.3. La confrontación fundamental que se da hoy en el mundo y, consiguientemente, el problema radical no es el enfrentamiento Norte-Sur sino el enfrentamiento Este-Oeste.

No es sino otra forma de plantearse la cuestión, ya formulada en 3.2., pero que es un supuesto fundamental distinto en cuanto no sólo afirma una confrontación principal sino en cuanto excluye la otra como principal y le da un carácter muy derivado. La confrontación Este-Oeste supone que la lucha por la hegemonía mundial de la URSS y sus aliados frente a USA y los suyos —en ambos casos, dentro de esta concepción, el peso de los aliados es pequeño y derivado— no sólo es un hecho importante sino que es el hecho determinante de todos los demás en última instancia. Y de este hecho no se subrayan tanto los intereses económicos, sociales y políticos cuanto los intereses militares y estratégicos, bajo una capa de elementos ideológicos (la civilización occidental, el futuro de la democracia, etc.). Se formula así un dualismo simplista no sólo en la cualificación maniquea de buenos y malos, sino en atribuir a lo militar un papel que no le corresponde.

La concepción del enfrentamiento Norte-

Sur, en cambio, atiende a elementos estructurales más básicos, al plantear una relación dialéctica en la que unos países son ricos porque otros son pobres. Cuando no llegan a una formulación tan radical sostienen al menos que la causa última de la inseguridad mundial es la existencia de un desequilibrio ya intolerable y que se va agravando día a día entre unas pocas naciones privilegiadas y una mayoría de naciones que mantienen niveles económicos y humanos intolerables. Este segundo planteamiento no sólo establece una relación dialéctica más honda entre los dos polos y no sólo complejiza mucho más las relaciones internacionales sino que permite analizar mejor los fenómenos internos de los países pobres: la lucha interna que en ellos se da en casos revolucionarios —o puede darse— no es primariamente la de los representantes del capitalismo americano con los representantes del comunismo soviético sino entre ricos y pobres, entre explotadores y explotados. No es entonces un problema fundamentalmente militar e ideológico, ni mucho menos un problema exógeno, sino que es un problema estructural surgido en cada una de las formaciones sociales en conflicto.

Por otra parte, como es sabido, el planteamiento Norte-Sur es sustentado más frecuentemente por la Internacional Socialista y aun por los países no alineados, lo cual implica en lo internacional el esfuerzo por introducir una tercera fuerza autónoma o relativamente autónoma, que no se alinee ciegamente ni con USA ni con la URSS o que, al menos, obligue a los dos gigantes a mantener posiciones menos monolíticas y hegemónicas.

Argumentos para rechazar esta confrontación Norte-Sur como primaria, tales como los empleados por el equipo Reagan de que en el Sur hay países desarrollados como Australia, Argentina, Sudáfrica, etc., y de que no existe unidad en el Tercer Mundo, porque hay problemas muy específicos dentro de ese conglomerado, o de que el no alineamiento es muchas veces un alineamiento disimulado en favor de la URSS, etc., muestran la debilidad teórica de esta posición. Una cosa es que con la dialéctica Norte-Sur no se explique todo el problema estratégico mundial, otra muy distinta y muy interesada es que no sea uno de los elementos esenciales de la explicación.

3.4. Lo que pasa en América Latina, allí donde hay subversión o luchas revolucionarias, se debe fundamentalmente no a factores internos, sino fundamentalmente al influjo directo

del eje Moscú-La Habana, que no sólo han importado el marxismo a través de la propaganda, sino que también sostienen la lucha revolucionaria con sus asesores y recursos.

No es que nieguen que en América Latina, sobre todo, en algunos países se den condiciones sumamente injustas desde el punto de vista social. Ni siquiera niegan que en algunos casos los excesos de la represión superan lo tolerable, aun por parte de aquellos regímenes que ellos llaman autoritarios. Pero nada de eso les parece decisivo. Su argumento, una y otra vez esgrimido por la señora Kirkpatrick, les parece contundente: siempre ha habido miseria, desorden, represión en esos países y no siempre ha habido revolución. Revolución no ha habido hasta que el marxismo se ha hecho presente no sólo ideológicamente, sino materialmente a través de armas, entrenamiento, etc.

En el análisis de la situación latinoamericana no buscan las causas estructurales últimas ni definen objetivamente la situación. Prefieren hablar de desequilibrios, de subdesarrollo o etapas previas al desarrollo. Nunca atribuirán al sistema capitalista los males de la región, ni mucho menos al capitalismo norteamericano. Ni atribuirán al influjo político de USA la presencia de regímenes como los de Somoza, ni se harán cargo de que muchos de los regímenes militaristas se sostienen con los hombres y las técnicas que USA ha formado en Panamá o en los propios Estados Unidos. Lo que ocurre en el campo de las violaciones humanas, sea en razón de la violencia estructural sea en razón de la violencia represiva, no es algo deseable, pero es algo siempre mucho mejor de lo que resultaría del triunfo de grupos de inspiración marxista.

Así el Comité de Santa Fe dice: "la política norteamericana en América Latina debe reconocer la vinculación integral entre la subversión interna y la agresión externa" (l.c., p. 190). Esa vinculación integral implica que la subversión interna depende de la agresión externa. La agresión externa, esto es, del comunismo, fomenta primero la polarización desestabilizadora, luego pasa al terrorismo y a la fase guerrillera para terminar en una verdadera guerra de liberación nacional. Esta explicación de la subversión interna por la agresión externa le es necesaria a USA para poder justificar su propia intervención, que es ya una respuesta a la agresión externa y que, por tanto, está justificada. Por otro lado, como decíamos antes, le evita reconocer su responsabili-

dad y su causalidad directa en los males de la región.

El propio Reagan enfoca las luchas de liberación como avances promovidos por el comunismo dentro de una estrategia global que pretende arrinconar a USA: "¿Debemos dejar que Granada, Nicaragua, El Salvador, todos se transformen en nuevas 'Cubas', nuevos puestos de avanzada para las brigadas de combate soviéticos? ¿Será el próximo paso del eje Moscú-La Habana dirigirse hacia el norte a Guatemala y de ahí a México y al sur a Costa Rica y Panamá?" (Ante el Consejo sobre relaciones exteriores de Chicago, 1.c., p. 305).

#### 4. Justificaciones de la política intervencionista.

Consideradas algunas actitudes y algunos supuestos del intervencionismo norteamericano, es conveniente ver algunas justificaciones de su política respecto de América Latina y, más en concreto, de su política de intervención:

4.1. Se trata de apelar a tratados anteriores, suscritos por los países latinoamericanos, que se basan últimamente en la aceptación de la doctrina Monroe. Según el Comité de Santa Fe los tres grandes principios de esta doctrina son: a) no

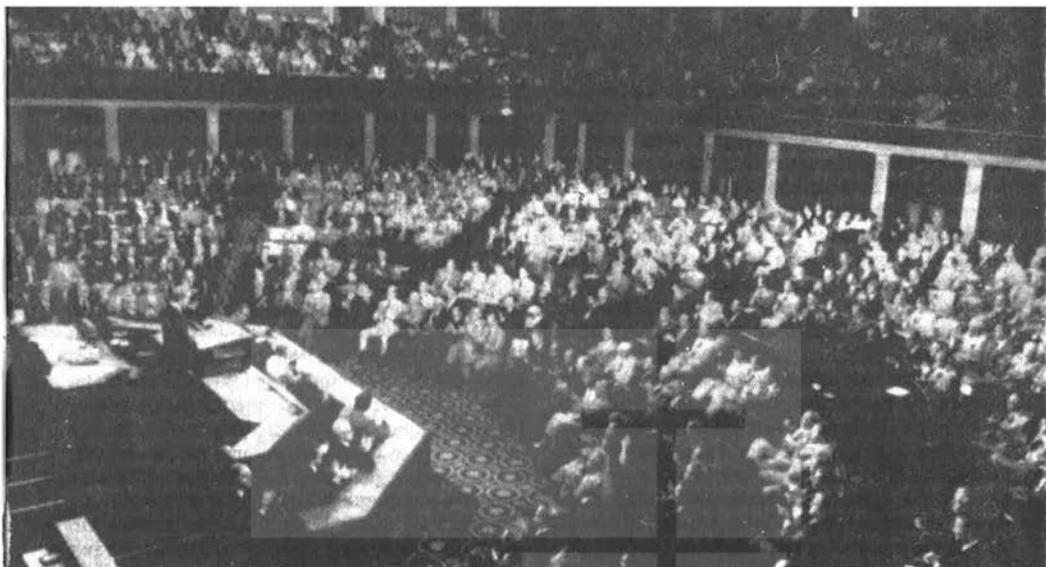
más colonización europea en el Nuevo Mundo; b) abstención por parte de Estados Unidos en los asuntos políticos europeos; c) oposición por parte de Estados Unidos a la intervención europea en los gobiernos del Hemisferio Occidental.

Como evidentemente los hechos históricos habían desplazado el valor estratégico de esta doctrina, como los Estados Unidos se iban involucrando cada vez más en los asuntos europeos y aun en los asuntos de cualquier otro continente y como ya el enemigo de la hegemonía norteamericana no era Europa sino la URSS y el comunismo internacional, USA se las arregló para conseguir la Declaración de Caracas de 1954 en la que se dice:

"La dominación o el control de las instituciones políticas de cualquier Estado del continente americano por el movimiento comunista internacional, que extienda a este hemisferio el sistema político de un poder extracontinental, constituiría una amenaza a la soberanía e independencia política de los Estados americanos, poniendo en peligro la paz del Continente y exigiría la realización de una reunión de consulta para considerar la adopción de una acción apropiada de acuerdo con los tratados existentes". (1.c., p. 182).



ADN



De ahí que se pueda apelar al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), de ahí que se apele a la Junta Interamericana de Defensa. De ahí que se apele al CONDECA, de la que el Comité de Santa Fe dice: "esta organización de seguridad regional ha sido y es un obstáculo importante para la subversión cubano-panameño-norteamericana (sic. N. del E.) de los gobiernos bajo ataque: El Salvador, Honduras y Guatemala" (1.c., p. 188). USA se encontraría así con una base legal para intervenir todo lo que fuera necesario contra lo que según su juicio pusiera en peligro la seguridad hemisférica o la seguridad regional.

4.2. Se trata, en segundo lugar, de valorar el comunismo como el mal absoluto, que justifica la permisión cuando no el fomento positivo de cualquier otro mal. Nada es tan malo para la seguridad de USA como la presencia de un régimen pro-marxista. Ni el más calamitoso subdesarrollo —caso de Haití—, ni la más dura represión —casos de Argentina, Chile, El Salvador—, ni la más palmaria violación del orden democrático —Chile, Bolivia, etc.—, nada es tan malo como la instalación de un régimen marxista.

Desde tres puntos de vista, al menos, se razona este mal absoluto que es el comunismo. Desde el punto de vista ideológico porque niega los valores de la democracia y los modos usuales como la democracia occidental ha llevado adelante esos valores (aquí van en juego desde Dios y

la religión hasta la propiedad privada, la libertad, el sistema electoral, etc.). Desde el punto de vista estratégico porque acercaría el peligro militar del adversario a las propias fronteras y obligaría a distraer buena parte del poderío militar propio en la defensa de una amplia zona geográfica. Desde el punto de vista económico porque se pondrían obstáculos al modo depredatorio como han funcionado los intereses norteamericanos en el área latinoamericana.

En lo que llevamos escrito no hemos hecho referencia explícita a los intereses norteamericanos en la zona, a los intereses estrictamente económicos. Sin embargo, éste es el elemento que en última instancia importa más a la administración norteamericana porque ya no es una cuestión de orgullo sino que es un interés estrictamente material, exigido además inmediata y urgentemente por las demandas de los ciudadanos norteamericanos. No en vano la Plataforma del Partido Republicano empieza su presentación aludiendo al problema económico:

"Internamente, nuestra economía se bambolea: a principios de este año la inflación alcanzó su mayor nivel en más de un siglo; semanas después, la economía se desplomó, registrando el descenso más pronunciado del que se tenga noticia; el aumento de los precios es mayor al 10% anual; más de ocho millones de personas buscan empleo; las industrias se encuentran inactivas en todo el país. Se están

ahogando las esperanzas y las aspiraciones de nuestro pueblo" (l.c., p. 273).

El propio Presidente Reagan en su discurso de toma de posesión también arranca con consideraciones de tipo económico bastante catastróficas: "Padecemos una de las inflaciones más largas y continuadas de nuestra historia nacional... La paralización de nuestras industrias ha lanzado a los obreros al desempleo, a la miseria, y la indigencia personal... Estados Unidos se enfrenta a una aflicción económica de grandes proporciones..." (l.c., p. 333).

Por otro lado, no conviene minusvalorar la importancia económica de América Latina para los Estados Unidos. Y esto desde dos puntos de vista. Luis Maira escribe a este propósito trabajando sobre un documento preparado por el directorio del *Council of Americas*, titulado *Toward Realism in Western Hemisphere Relations. A U.S. Foreign Policy for Latin America and the Caribbean*. Washington, julio, 1980: "La conclusión obvia de este informe es que una economía que, como la de Estados Unidos, depende de uno de cada seis puestos de trabajo de las exportaciones, que obtiene de cada mil millones de dólares de exportación cuarenta mil empleos y un agregado de dos mil millones de dólares al producto nacional bruto y de cuatrocientos millones de dólares como ingresos fiscales tributarios, debe ocuparse más efectivamente de una región del mundo que en 1979 adquirió productos norteamericanos por valor de veintinueve mil millones de dólares, y que suministró materias primas insustituibles para el funcionamiento de su propia economía, tales como petróleo, bauxita, cobre y estaño" (Luis Maira, "América Latina, pieza clave en la política de contención de la administración Reagan", *Estados Unidos. Perspectiva latinoamericana*, l.c., p. 233). Tenemos expresado aquí en síntesis la no despreciable importancia económica actual —no hablemos ya de lo que puede llegar a ser— de América Latina para Estados Unidos; si juntamos a esta observación la importancia que da la administración Reagan a la catastrófica situación económica de Estados Unidos, podremos sospechar la importancia de América Latina como factor económico para USA.

Pero hay otro punto de vista más difícil de mensurar, y cuya importancia es extraordinaria tanto para América Latina como para los Estados Unidos: es la gigantesca fuga de capitales latinoamericanos que van a parar a los bancos de

Estados Unidos. Varias veces se ha recordado que sólo los intereses de esos enormes capitales superarían los préstamos que USA hace a toda América Latina. Sólo países de corte capitalista como los latinoamericanos podrían seguir mandando tales sumas para engrasar la maquinaria económica norteamericana. De ahí una nueva razón del interés para que ese mal universal y absoluto que es el comunismo para los norteamericanos no ponga en peligro los intereses económicos de Estados Unidos.

4.3. Otra justificación del intervencionismo suelen ofrecer explícitamente los ideólogos de la actual administración norteamericana. La señora Jeanne Kirkpatrick la ha presentado de diferentes formas y en diversas ocasiones para justificar la necesidad de regímenes autoritarios en América Latina y la necesidad del apoyo norteamericano a esos regímenes, cuando se ven puestos en peligro por movimientos revolucionarios. Se reduce a un pensamiento principal: hay muchos países en América Latina que no están todavía en condiciones de ejercer la democracia, antes al contrario viven en una fase de anarquía, de suerte que el valor primordial que debe procurarse en ellos es el orden. Sólo un orden firme permitirá un desarrollo económico adecuado y un paulatino establecimiento de normas democráticas. Mientras tanto ciertas violaciones de los derechos humanos no deben medirse con el mismo criterio con que se medirían esas violaciones en otros países más desarrollados democráticamente. No sólo son países en vía al desarrollo sino que son también países en vía a la democracia.

Poco les importa la consideración de que las violaciones de los derechos humanos en esos países, especialmente en los del área centroamericana, no son sólo violaciones de los derechos políticos normales en las llamadas democracias, sino que son violaciones de derechos humanos fundamentales, esto es, aquellos que tienen que ver directamente con la vida y con la libertad, pero no la libertad política sino simplemente la libertad frente al apresamiento, la tortura y la muerte. Ese supuesto orden se logra con el tremendo desorden de la aniquilación física del opositor y aun de cualquier sospechoso de oposición.

La diferencia, entonces, entre la administración Carter y la administración Reagan está en que aquélla se creía en derecho a una cierta intervención que llamaríamos negativa en los casos en que se estuvieran violando los derechos humanos

fundamentales por regímenes que se dicen anti-comunistas, pero que ejercen una represión intolerable, mientras que ésta consideraría que esa intervención está injustificada, mientras que está justificada una intervención activa y positiva contra quienes, desde una perspectiva revolucionaria, se levantan para derrocar regímenes totalitarios y dictatoriales, si es que éstos son amigos y aliados de los Estados Unidos y defensores del sistema capitalista. Estos últimos no hacen sino acomodarse —a veces con algunos excesos— al estado de subdesarrollo democrático en el que se debaten la mayor parte de los pueblos latinoamericanos, y esto no por razones fundamentalmente socio-económicas implicadas en las relaciones sociales de producción sino por razones culturales, cuando no biológicas.

En definitiva, el mayor mal y el origen de todos los males es el desorden. Un desorden que puede poner en peligro no sólo la seguridad interna de cada una de las naciones, alentado el surgimiento de la subversión, sino que pone en peligro también la seguridad regional y hemisférica. Esto hace que esté justificada la intervención estrictamente militar, cuando sea necesaria.

Todo esto se ve claramente en dos de las propuestas, entre otras, del Comité de Santa Fe: "Estados Unidos debe rechazar la suposición errónea de que, frente a gobiernos autoritarios, puede desarrollar e imponer fácilmente

alternativas democráticas al estilo norteamericano, así como dejar de lado la convicción igualmente conflictiva de que, en tales situaciones el cambio *per se* es inevitable, deseable y del interés norteamericano. Esta creencia ha inducido a la administración Carter a participar activamente en el derrocamiento de gobiernos autoritarios no comunistas, a la vez que adoptaba una posición pasiva frente a la expansión comunista".

"La política de derechos humanos que constituye un concepto cultural y políticamente relativo que la presente administración ha utilizado para intervenir a favor del cambio político en algunos países de este hemisferio, afectando de manera adversa la paz, la estabilidad y la seguridad de la región, debe ser abandonada y reemplazada por una política no intervencionista de realismo político y ético". (Ic., p. 192).

No intervencionismo frente a los países autoritarios, incluso cuando violen los derechos humanos fundamentales, si es que son amigos; intervencionismo frente a los países que pongan en peligro los intereses norteamericanos. Esta es en definitiva la política de **Law and Order**, que se quiere imponer a los países latinoamericanos sin ley ni orden.

4.4. Otra justificación de cualquier intervencionismo que se considere conveniente y/o nece-



sario es el peligro que corren los Estados Unidos. Esta justificación del peligro es el pretexto universal, pero cobra en la actualidad un carácter especial, al magnificarse por parte de la administración republicana la debilidad y el peligro dramáticos, en los que se encuentra Estados Unidos frente a la Unión Soviética. Así en la **Plataforma del Partido Republicano**, presentada para las elecciones de 1980, se dice que la administración Carter "ha colocado a Estados Unidos en una situación de peligro sin precedentes desde el 7 de diciembre de 1941. Estados Unidos no puede abdicar este papel (el liderazgo de la alianza occidental) sin inducir a una catástrofe diplomática y eventualmente militar" (1.c., p. 278).

La administración republicana sostiene que objetivamente Estados Unidos está en un gran peligro militar y económico, lo cual le permite tomar medidas drásticas de cambio tanto en la política militar (armamentización interna y exterior) como en la política económica (máximo acento en los aspectos más conservadores del capitalismo; cfr. Roberto Bouzas, "La política económica del gobierno republicano: contenidos, obstáculos y perspectivas", 1.c., pp. 59-92). Esto ha permitido también despertar una aguda conciencia subjetiva de "patria en peligro" que puede tolerar y aun fomentar medidas fuertes, que serían intolerables para una conciencia moderadamente democrática: el orgullo norteamericano está herido, la amenaza soviética se está acercando ya a las propias fronteras, se está perdiendo el liderazgo... En estas condiciones de "fuerza mayor" pueden proponerse políticas extremas, que pudieran llegar hasta el intervencionismo directo del propio ejército norteamericano. Pueden proponerse, al menos, medidas descaradas e inaceptables en base a lo que cínicamente se llama realismo político y ético por parte del Comité de Santa Fe. La inmoralidad de Watergate vuelve a aparecer con otra cara, pero con la misma esencia.

Es cierto que a Haig no le gusta hablar de crisis: "es precisamente este tipo de evaluación el que yo creo que debemos rechazar. El término 'crisis' implica que los acontecimientos se han salido de cauce y que nuestra nación no tiene más remedio que reaccionar" (1.c., p. 326). Pero esta apreciación no niega la gravedad del peligro, reconocida muy expresamente por él mismo. Implica, al contrario, lo que aquí estamos tratando de mostrar: que se han de emprender acciones radicales para retomar la iniciativa e imponer una

nueva dirección al proceso mundial.

## 5. Propósitos y realizaciones intervencionistas.

Con estas actitudes, supuestos y justificaciones, la administración Reagan tiene **propósitos y directrices** bien definidos y ha iniciado **realizaciones**, que muestran la decidida voluntad de ponerlos inmediatamente en práctica. Analicemos brevemente, por un lado, los propósitos y directrices y, por otro, lo que ya hay de realizaciones. Así entenderemos mejor esa política, si vemos las realizaciones desde los propósitos y los propósitos desde las realizaciones.

### 5.1. Propósitos y directrices.

No se puede negar a la administración republicana claridad en sus propósitos. Están tan seguros de que son acertados y de que son honorables, que no dudan en proclamarlos con toda crudeza. Aquí nos ceñiremos a lo que tiene mayor relación con el intervencionismo:

5.1.1. El propósito fundamental es el de recomponer la marcha del proceso. Según su diagnóstico, Estados Unidos había iniciado la ruta del desastre. "Los republicanos, los demócratas y los independientes han estado observando y descifrando estos signos. Ellos han observado incrédulamente cómo ocurría desastre tras desastre, pero ya han tenido suficiente, ya que en 1980 se levantan para decir que esta confusión debe terminar, que este manejo debe terminar, que debemos empujar en común en lugar de deslizarnos irreversiblemente al abismo" (**Plataforma**, 1.c., p. 274). Tanto en lo económico como en lo militar y en lo político se van a tomar toda suerte de medidas, contrarias a las medidas titubeantes de Carter, que devuelvan a Estados Unidos su orgullo nacional, su optimismo hegemónico, su liderazgo indiscutible, su total y permanente seguridad.

Si desde la periferia hemos sentido durante la administración Carter un constante intervencionismo, suave en la defensa de los derechos humanos y firme en la defensa de los intereses norteamericanos, es claro que en la administración Reagan esto va a empeorar notablemente: los derechos humanos sólo serán exigidos a los países de gobiernos marxistas y las presiones tenderán a ser máximas en la defensa de los intereses norteamericanos.



Este es un punto fundamental. Reagan y los que están detrás de él, con sus poderosos intereses económicos y con su violenta ideología anti-comunista, van a dar un fuerte golpe de timón y van a reforzar cualquier sector o gobierno que se muestre como conservador y capitalista, a la par que van a combatir según sus posibilidades contra todo sector o gobierno progresista, ya no digamos revolucionario o socialista.

5.1.2. Para lograrlo la administración Reagan pone su máxima esperanza en un rearme acelerado. Fuera de los intereses económicos que puedan estar tras esta acelerada rearmamentización con sus billonarias inversiones, hay un claro propósito de intervencionismo militar, de imponerse por la fuerza de las armas, empléense o no. La presencia al frente del Departamento de Estado de un militar profesional como Haig no es arbitraria. La política exterior de Estados Unidos debe reflejar una estrategia nacional de paz a través de la fuerza. "Nuestra estrategia debe proporcionar los niveles de fuerza requeridos para disuadir cualquier nivel de ataque previsible y para salir victoriosos del conflicto en caso de que falte la disuasión" (*Plataforma*, 1. c., p. 279). El propio Reagan decía en su discurso de Chicago: "la mejor política exterior no puede preservar la paz y proteger el reino de la libertad a menos que esté respaldada por un poder militar adecuado" (1. c., p. 303).

No se trata sólo de que los propios Estados Unidos se rearmen. Siguiendo la misma concepción de que la seguridad descansa sobre todo en la fuerza —¿quién dijo aquello de que la violen-

cia engendra siempre violencia?—, los Estados Unidos pretenden armar a sus aliados y prestarles toda la ayuda militar necesaria para que defiendan su seguridad, esto es, para que sigan manteniendo el status quo. Y lo que es más, harán todo lo posible en derrocar por las armas a los regímenes que le sean adversarios o que siempre según ellos, les pongan en peligro. Estados Unidos hará todo lo posible por robustecer a los países amigos —piénsese en Chile, Argentina, Uruguay, El Salvador, etc.— y ese robustecimiento pasa por toda la ayuda militar que sea requerida, especialmente si en esos países se da el peligro revolucionario de la subversión.

5.1.3. Según esta misma lógica, Estados Unidos tiene el propósito de intervenir en la forma y medida que le parezca más conveniente. "Nuestra paciencia no debe tomarse en sentido erróneo. Nuestra renuencia para el conflicto no debe juzgarse como un fracaso de la voluntad. Cuando se requiera acción para preservar nuestra seguridad nacional, actuaremos", dijo Reagan en la toma de posesión de la Presidencia (1. c., p. 355). Haig lo dice todavía más explícitamente refiriéndose a la confianza que Estados Unidos debe despertar en sus aliados: "el poderío y el prestigio norteamericano no deben empeñarse a la ligera, pero una vez empeñados debemos hacer honor a ellos" (1. c., p. 329).

Esta intervención puede tomar las formas más distintas: intervención ideológica tratando de calumniar posiciones ajenas y disfrazar las propias; intervención de la CIA buscando la mejor información y promoviendo toda suerte de

dificultades a los gobiernos poco amigos; intervención económica negando ayudas ofrecidas o promoviendo ayudas condicionadas; intervención militar a través de asesores, de préstamos para armas, etc. Puede también llegar hasta la invasión militar masiva, sea a través de gobiernos amigos, sea a través del TIAR e incluso a través de una presencia masiva de fuerzas norteamericanas o mandadas por norteamericanos.

Esta última posibilidad no debe descartarse. Sería plenamente coherente con todo lo que venimos analizando, dadas ciertas condiciones. En su trabajo *Limits to Intervention*, Allison, May y Yarmolinsky indican que tal intervención estaría en función de las siguientes variables: 1) la percepción norteamericana del compromiso para actuar; 2) la percepción de una amenaza a un interés exterior vital; 3) las estimaciones de éxito de la operación; 4) el contexto político inmediato; 5) las perspectivas de acción comparada; 6) las tendencias predominantes en el escenario internacional específico; 7) la actitud política de la opinión pública y el Congreso norteamericano. Las variables están recogidas por Luis Maira en el artículo antes citado, quien concluye así este punto: "si examinamos rubro por rubro estos diversos elementos en el período de instalación del actual gobierno republicano, podremos concluir que, infortunadamente, la mayor parte de ellos favorecen a los partidarios de una solución militar" (1.c., p. 237).

5.1.4. Por otro lado la administración Reagan no va a hacer problema grave el problema de los derechos humanos. No es una prioridad para ellos. Y desde luego toda política referida a los derechos humanos estará en clara dependencia no sólo a los intereses norteamericanos, sino al modo como es vista su defensa en el contexto de una contención a como dé lugar del expansionismo soviético, sin distinguir si este peligro es grave o leve, patente o latente, a corto o a largo plazo. A lo sumo la defensa de los derechos humanos se hará de forma privada con los gobiernos amigos para que no padezca su imagen ni se den armas a sus adversarios y sin que estas animadas versiones amistosas pongan en peligro la ayuda económica y, sobre todo, la ayuda militar.

5.1.5. No es que la administración Reagan sea tan ciega que no vea la necesidad de cuidar otros aspectos que no sean el del orden y el de la seguridad. "Esto no significa que se disminuya la importancia de otros objetivos occidentales: la erradicación del hambre, la pobreza y las enfer-

medades; la expansión en la libre circulación de las gentes, las mercancías y las ideas; la difusión de la justicia social, y —a través de estos y otros esfuerzos similares— el mejoramiento de la condición humana", dijo Haig en su presentación ante el Senado (1.c., p. 328). Pero esto sin descuidar la que es el objetivo principal o, al menos, el más urgente, de frenar el expansionismo militar soviético. En este sentido entra dentro de los propósitos de esta administración ayudar a salir del subdesarrollo a los países más próximos a Estados Unidos, mediante una fuerte ayuda económica, siempre que ésta vaya canalizada sobre todo al sector privado, en el que se ve el aliado natural de las ideas capitalistas de Estados Unidos. "Una nueva administración republicana intentará, en estrecha cooperación con sus vecinos, trabajar mancomunadamente para fomentar la prosperidad y para fortalecer los esfuerzos comunes ya que se combatirán revoluciones y la violencia producidas externamente" (*Plataforma*, 1.c., p. 296).

Comité de Santa Fe expresa bien en una de sus propuestas lo que se pretende con esta mezcla de ayuda económica y de ayuda militar.

"Estados Unidos debe lanzar una nueva política positiva para el Gran Caribe, incluyendo Centroamérica. Esa política proporcionará una ayuda múltiple para todos los países amigos que se encuentren bajo el ataque de minorías armadas que reciben asistencia por parte de fuerzas externas hostiles. El programa combinará los elementos más exitosos de la Doctrina Truman y de la Alianza para el Progreso. Asimismo, Estados Unidos reafirmará el principio fundamental de la Doctrina Monroe, a saber: que no se permitirá a ninguna potencia hostil el desarrollo de bases o de aliados militares y políticos en la región. Una Doctrina Monroe revitalizada será multilateral, un punto de vista que desde hace mucho tiempo sostienen las repúblicas claves de Latinoamérica" (1.c., p. 208).

Hay, pues, un propósito de ayuda económica (*Alianza para el Progreso*) pero combinado con la ayuda militar (*Doctrina Truman*) y siempre dentro del mismo propósito fundamental de mantener alejado de la región cualquier influjo de una potencia hostil.

5.1.6. Para retomar desde otro punto de vista el propósito que exponíamos como primero (5.1.1.) y que perméa todos los demás, podría decirse que el ideal máximo de la administración

Reagan sería acabar con toda presencia del Marxismo en el continente americano. Esta es su obsesión. La administración Reagan es obsesivamente anti-comunista y todo lo mirará desde este prisma. No debe llevar a engaño su política conciliadora con China. Podría verse en este punto alguna concesión al pragmatismo económico, pero este pragmatismo económico no sólo no favorece, según la opinión de los norteamericanos, la expansión del comunismo, sino que es uno de sus frenos. Lo que más preocupa a la administración Reagan y, tal vez a la opinión pública norteamericana, no es tanto un comunismo genérico sino el comunismo de la Unión Soviética, por cuanto se ve en la URSS una capacidad militar, capaz de imponerse sobre USA.

Lo malo es que en el dualismo maniqueo que domina la concepción norteamericana no caben posiciones intermedias. O se está con Estados Unidos o se está contra él. Ni siquiera se plantea la posibilidad de países no alineados. De todos modos en cada uno de los bloques pueden considerarse quiénes están más estrechamente relacionados con el eje Moscú-La Habana y quiénes están más cerca de Washington. Es claro que los países que hagan propaganda explícita de su anti-imperialismo y de su pro-sovietismo serán severamente controlados y, a ser posible, desestabilizados y aun derrotados en busca de un régimen más amistoso. El margen de tolerancia, de cualquier forma, no parece ser en estos primeros planteamientos demasiado amplio.

## 5.2. Realizaciones actuales.

Tenidos en cuenta los propósitos es interesante hacer una pequeña revisión de las realizaciones en estos escasos meses que lleva en el poder la administración Reagan. Esto permite comprobar la voluntad de poner en práctica los propósitos, sobre todo teniendo en cuenta que se suele estimar que una administración es más fuerte cuando arranca, por tener —y esto es especialmente significativo en el caso de Reagan— fresco el apoyo del electorado:

5.2.1. El Salvador se ha convertido en la piedra de toque de la política exterior de Estados Unidos. Un fracaso en El Salvador pondría al descubierto la debilidad de esa política. Es un caso típico no sólo por su proximidad geográfica sino porque sería el paso expansionista más decidido que estaría dando ahora el imperialismo soviético en las puertas mismas del imperialismo

norteamericano.

Pues bien, casi todas las características analizadas anteriormente se hacen presentes en la política actual de USA contra El Salvador:

a) La oposición del FDR-FMLN no es una oposición legítima, levantada como respuesta a una manifiesta injusticia estructural y a una represión sin precedentes en el hemisferio occidental sino que es resultado de la intervención soviético-cubana-nicaragüense. Así lo dijo Reagan en Chicago, ya el 17 de marzo de 1980, cuando se estaba muy lejos de poder mostrar indicios de una ayuda militar del bloque soviético: "En El Salvador, revolucionarios marxistas totalitarios, apoyados por La Habana y Moscú, impiden la construcción de un gobierno democrático" (1.c., p. 305). Se trata fundamentalmente de un expansionismo soviético, que se aprovecha de unas pequeñas dificultades internas.

b) Consiguientemente, la ayuda económica y militar se le da a El Salvador sin límites ni condiciones. En la etapa de transición de la presidencia, se suspende momentáneamente la ayuda militar "no letal" en razón del bárbaro asesinato de las cuatro religiosas norteamericanas, pero es inmediatamente reasumida por el peligro de que tome el poder el extremismo marxista. Ya el 24 de agosto en una entrevista, confesaba Roger Fontaine que se necesitaban asesores militares en El Salvador y ayuda militar. "Esto es también opinión personal, pero a mi juicio esta controversia entre ayuda 'legal' y 'no letal' es absurda. No se puede combatir guerrilleros y terroristas con ayuda no letal" (1.c., p. 310).

La ayuda económica trata de evitar el colapso económico en El Salvador, que demostraría la total incapacidad de la Junta militar democristiana y pondría al país todavía más al borde de la insurrección. La ayuda militar busca derrotar y aniquilar las fuerzas guerrilleras. Frente a las protestas del pueblo norteamericano se envían, por lo menos, 55 asesores norteamericanos y toda suerte de armamento, todo aquél que puede ser asimilado y utilizado por el ejército salvadoreño.

El nuevo paso lo dio la administración el 17 de enero de 1981, en vísperas de la toma de posesión de Reagan y bajo su evidente presión, invocando poderes especiales del Ejecutivo. El envío de emergencia fue de cinco millones de dólares en ayuda militar letal. Al mismo tiempo se decide prestar otros cuatro Bell UH-1H "Huey" helicópteros, con lo que en ese momento llegaban a



seis los helicópteros americanos en El Salvador con el correspondiente personal militar móvil. Esto no era sino el comienzo. Puede decirse sin exageración que la introducción de armamento y de munición no tiene ya otros límites que la imposibilidad de utilizarlo y que la dirección general del entrenamiento de las nuevas tropas y aun el planteamiento de las acciones militares se hace desde enero con la asesoría de los militares norteamericanos, cuando no bajo su dirección, aunque se evita ponerlos en el propio campo de batalla, donde puedan ocurrir muertes, que sacudirían la conciencia del pueblo norteamericano.

c) Estados Unidos se opone firmemente a ninguna negociación con el FDR-FMLN, pues no está dispuesto a negociar con fuerzas marxistas revolucionarias. Su política actual va dirigida al aplastamiento del ejército popular y de su retaguardia, el pueblo campesino organizado. No le importan las bajas que se causen. Muchos son los que dan por segura una cifra por lo menos de

20,000 muertos desde el 15 de octubre de 1979 hasta el 31 de mayo de 1981 y el Socorro Jurídico habla de 300,000 refugiados dentro y fuera del país. Nada de esto importa. Lo que importa es aniquilar toda huella de marxismo, teniendo por marxismo todo lo que sea oposición a la actual Junta militar democristiana.

d) La ayuda es incondicionada. No depende de que cesen las violaciones de los derechos humanos; no depende de que los propios cuerpos de seguridad cesen en sus prácticas macabras de tortura y muerte de inocentes. Aunque esto siga dándose, no por eso se va a cesar en la lucha. Estados Unidos se ha comprometido ya y, como advertía Haig, no va a salir derrotado por el pequeño pueblo de El Salvador.

e) Si no se profundiza más en la guerra y en la represión, es porque se estima que con el ritmo actual de acciones para agosto puede estar básicamente derrotada la guerrilla y controladas las protestas de los opositores. Entonces será el momento de ofrecer unas elecciones, en las que no tengan ninguna oportunidad real las fuerzas de la izquierda.

f) Se han abandonado, pues, las vacilaciones y las cautelas de la administración Carter y se ha puesto de manifiesto toda la peculiaridad de la administración Reagan. Puede decirse que se ha entrado en el punto de "no retorno" y no es fácil de imaginar que la administración Reagan admita modo alguno de mediación que dé una fuerte cuota de poder en el gobierno y en el ejército al FDR-FMLN.

5.2.2. Nicaragua, por su parte, es otra prueba de cómo se va a tratar a los gobiernos que son más amigos de la URSS que de USA:

a) Se ha suspendido la ayuda económica, conforme a la propuesta de los asesores reaganistas.

b) Se ha suspendido hasta el envío de trigo, como castigo simbólico por el mal comportamiento y por la colaboración con la guerrilla salvadoreña.

c) Se procura desestabilizar el régimen con clara tolerancia de los somocistas, que mantienen campos de entrenamiento en Florida, campamentos en Honduras y emisoras también en Honduras, cosa que no permitieron tener al FMLN en Nicaragua. Se mantiene una constante propaganda para mostrar la dependencia y la sumisión de Nicaragua a Cuba y la URSS. No se reconocen los esfuerzos sandinistas para encontrar una vía propia y un socialismo propio. Los nor-

teamericanos no quieren correr más riesgos y aun se atreven a decir que el régimen de Somoza era más democrático que el actual.

5.2.3. Respecto de los regímenes totalitarios del Cono Sur, se ha dejado de lado toda reticencia y se busca su alianza total, como seguros baluartes contra el comunismo. Esto último es lo más importante y para las aperturas democráticas se concede todo el tiempo y toda la tardanza que sean precisos.

5.2.4. Quizá el único país con el que se mantienen todavía algunas reservas para el envío de ayuda militar es Guatemala. Guatemala no presenta la fachada de un gobierno cívico-militar como el de El Salvador. Por ello quieren ponerse algunas condiciones a la ayuda militar, sobre todo cuando no se ve un peligro tan inmediato como en El Salvador. Pero la propaganda norteamericana ya ha empezado a hablar, como en el caso de El Salvador, de importantes envíos de armamento por los cubanos, lo cual permitirá todo tipo de ayuda, por más que siga la selvaje e incalificable represión del gobierno militar guatemalteco.

5.2.5. También se ha anunciado ya una clara política de armamentización, que rompa las barreras cualitativas que hasta ahora se habían impuesto las administraciones norteamericanas. El anuncio de la probable venta a Venezuela de los supersofisticados aviones F-16 no es sino una prueba de ello.

5.2.6. Igualmente se ha anunciado ya para Centroamérica y el Caribe un mini-Marshall, anunciado o, al menos, prenunciado en los deseos de Haig y de Fontaine. El conjunto de la Doctrina Truman y de la Alianza para el Progreso se ha puesto ya en marcha. Son dos formas distintas de tener controlada la región y protegida contra todo desvarío marxista.

Este breve sumario de las acciones norteamericanas de enero para mayo muestra que los propósitos de la administración Reagan se están convirtiendo en hechos y, además, con gran decisión y velocidad. No han pasado cuatro meses y medio, cuando todo se ha puesto en marcha. Es sólo un anticipo de lo que puede venir más tarde, si no cambian drásticamente las circunstancias y la situación mundial. El Líbano y Polonia no han sido capaces de distraer la atención norteamericana sobre su propio patio trasero. Y apenas puede percibirse todavía algún signo de matización y de suavización, a pesar de la fuerte resistencia, como veremos enseguida, que se le ha

hecho a la política Reagan-Haig en el interior de Estados Unidos y también por parte de sus aliados. El panorama sigue siendo sombrío y, por lo visto hasta ahora, no puede dudarse de la decisión del equipo Reagan para llevar hasta el final su política intervencionista, cuando esté en juego el orgullo norteamericano y cuando se aproxime, aunque no sea sino la sombra del peligro marxista.

¿No hay entonces esperanza política alguna de poner freno a esta política simplista, que promete derechizar todavía más el proceso global latinoamericano y poner una muralla insalvable a las luchas de liberación de los pueblos centroamericanos? Es lo que vamos a estudiar en el apartado siguiente.

## 6. Contradicciones de la posición intervencionista.

Las posiciones intervencionistas, constantes en la política norteamericana y que responden a profundas causas estructurales, pero que en la administración Reagan prometen alcanzar cotas intolerables, que retrotraen la historia de la democracia treinta años por lo menos, tienen tales debilidades políticas que no pueden menos de desatar contradicciones poderosas en todo el mundo civilizado, incluidos los Estados Unidos. Esto es lo que vamos a mostrar en dos pasos: uno referido más a reacciones ya comprobables, que empiezan a dificultar el modo de la política intervencionista reaganista, otro que tratará de mostrar la injusticia y la ilógica de las posiciones políticas, que están tras los planteamientos y las realizaciones de la administración Reagan.

### 6.1. Reacciones en Estados Unidos y en el mundo.

Las reacciones contra las acciones y los planteamientos de la nueva política norteamericana no se han hecho esperar y en un grado que puede considerarse como algo alentador. Esto se aprecia claramente en una serie de datos que se han ido multiplicando en estos últimos meses. Sin pretender ser exhaustivos, se pueden presentar los siguientes:

a) Según una reciente encuesta de la revista Time, se aprecia que sigue alta la marea conservadora que llevó al poder a Reagan. Incluso aparece muy alto el grado de aceptación que tiene hasta ahora la ejecutoria de Reagan como Presi-

dente de Estados Unidos. Según la encuesta, el 68% aprueba como buena la actuación de Reagan y están a favor de ella. Están asimismo a favor de algunos puntos centrales de su política como son el de constituirse en primera potencia militar, en renovar la confianza del pueblo norteamericano en sí mismo, en recuperar el liderazgo, en mantener posiciones firmes contra el expansionismo soviético, etc.

Pues bien, a pesar de este ambiente estrictamente conservador y pro Reagan, hay dos items en los que se discrepa de la política de la actual administración. Así, por ejemplo, los entrevistados se oponen por 47% contra el 35% al envío de asesores militares a El Salvador; el porcentaje no es excesivo, pero es significativo dentro del contexto general, que favorece la ideología y los planteamientos de Reagan. Más significativo todavía es la respuesta referente a la ayuda militar a los gobiernos que profesándose claramente anti-comunistas, violan los derechos humanos; un 67% está en contra de la ayuda militar a ese tipo de gobiernos y sólo un 23% está a favor. Aquí estamos ante una contradicción importante de uno de los puntos básicos de la política de Reagan y de sus consejeros.

b) Esta misma contradicción puede apreciarse no sólo en el Congreso, todavía dominado por los demócratas, sino en el mismo Senado, dominado actualmente por los republicanos.

Así tenemos que, a pesar de que Reagan ha puesto todo su esfuerzo en la nominación de Lefever como Subsecretario de Estado para Derechos Humanos, su candidatura ha sido rechazada en la comisión correspondiente del Senado por un contundente 14 a 3. El caso es sumamente significativo porque Lefever representaba a la perfección la política de Reagan sobre los derechos humanos: ataque masivo a los países comunistas por sus violaciones de los derechos humanos y disimulo público de esas mismas violaciones en los países autoritarios, amigos de los Estados Unidos. Aquí los senadores se han puesto mucho más cerca de la opinión popular que de las exigencias de la Casa Blanca. Aunque pudiera discutirse si lo que se ha puesto en duda es el hombre y no la política, no es exagerado concluir de esta votación, que ha tenido lugar después de largas semanas de audiencias, la conclusión de que no va a ser tan fácil dejar de lado la política de los derechos humanos y, sobre todo, las violaciones salvajes de los mismos, hechas en nombre del anti-comunismo. Por otro lado, es ésta la

primer derrota sonada del Presidente Reagan en un tema de importancia, como es el rechazo de uno de sus candidatos a uno de los puestos principales de la administración. El propio Lefever se ha visto forzado a desistir, eso sí, después de afirmar que todo se debía a intrigas de los comunistas.

En este mismo orden de cosas conviene recordar las decisiones de ambas cámaras, según las cuales la ayuda a El Salvador debe quedar condicionada a una serie de puntos, que tienen mucho que ver con el respeto de los derechos humanos e incluso con otra serie de condiciones, que rompen el esquema simplista de una confrontación Este-Oeste como explicación última de los sucesos de El Salvador. Todo ello contra la voluntad expresa de Haig, que exige una libertad incondicionada en las decisiones presidenciales de ayuda militar. Entre las condiciones no sólo estaba un constante informe sobre la violación de los derechos humanos, sino también el progreso de medidas reformistas y democratizadoras, así como de apertura al diálogo con las fuerzas de la oposición.

c) Ante el descarado terrorismo de Estado en Guatemala, la administración Reagan, aunque deseosa de prestar ayuda militar para combatir la guerrilla, no puede hacerlo de una forma oficial y explícita. Lo cual muestra que hay extremos, que no pueden ser sobrepasados sin altos costos frente a la opinión pública estadounidense. En el mismo sentido debe verse la presión oficial del gobierno de los Estados Unidos para la condena de los responsables del asesinato de las religiosas norteamericanas —¿qué dirá ahora el Departamento de Estado sobre la posibilidad insinuada de un fuego cruzado o de un irrespeto de las señales?— y de los sindicalistas americanos junto al Presidente del Instituto de Transformación Agraria.

d) Pero la resistencia mayor a la política de Reagan y de Haig está en el pueblo norteamericano. Así desde el 4 de diciembre de 1980 hasta el 10 de mayo de 1981 se han desarrollado en Estados Unidos 153 actividades públicas de protesta, que entre todas ellas han contado con la participación de 200,000 norteamericanos a lo ancho de todo el país (cfr. lista detallada en *De Vietnam a El Salvador. La crisis imperialista y la solidaridad del pueblo norteamericano*, Publicaciones de la sección de Información del FMLN, pp. 26-34, mayo, 1981). Especial relieve tuvo la manifestación del 3 de mayo en Washington, conside-

rada como la mayor manifestación de protesta de este tipo, después de las tenidas con ocasión de la guerra de Vietnam. Son, sobre todo, los sectores religiosos los que mantienen viva la conciencia del pueblo norteamericano contra el apoyo de su gobierno al genocidio del pueblo salvadoreño: la Conferencia Episcopal de USA se ha opuesto repetidas veces al envío de ayuda militar a El Salvador y son miles las cartas que los religiosos norteamericanos envían al Departamento de Estado y al Congreso en protesta por la política oficial del gobierno contra el pueblo de El Salvador. También son de señalar, entre otras, la protesta de 1,500 profesores de universidad, entre ellos varios premios Nóbel, por la ayuda militar a El Salvador. Es indudable que se está despertando una creciente oposición, que puede desgastar seriamente a Reagan y sus políticas, desgaste que le puede impedir tomar medidas más graves e incluso obligar a ceder en las actuales.

e) A esto hay que añadir una cada vez más fuerte reacción mundial que se opone a una solución militar del conflicto salvadoreño, tal como la están propiciando a una el gobierno de Estados Unidos y la Junta militar democristiana. La Internacional Socialista se ha mostrado especialmente activa con el envío, al menos, de dos importantes representantes suyos del más alto nivel a presionar sobre la Junta, así como sobre el gobierno norteamericano. Lo mismo cabe decir de varios países europeos y aun de la Democracia Cristiana Internacional, que está sufriendo de la pésima imagen que cae sobre ella por el maridaje del PDC salvadoreño con los militares y sus prácticas represivas.

f) Mención especial merece la postura de México por el significado que tiene en la zona y por la presión que puede ejercer y ya está ejerciendo sobre los Estados Unidos. El Presidente López Portillo, con ocasión de recibir al Presidente de Venezuela, Herrera Campins —y la ocasión no pudo ser más significativa— tuvo un discurso durísimo, en que sin nombrar explícitamente a Reagan y los suyos, estigmatizó como primitiva y sin fundamento la explicación norteamericana de los conflictos sociales en América Latina y de las luchas de liberación. No son debidas, decía el presidente mexicano en franca contradicción con la teoría oficial norteamericana, a injerencias de países extraños, sino a las lamentables condiciones de la estructura social. Los males de América Latina no son debidos a la confrontación Este-Oeste sino a la confrontación Norte-Sur con sus implicaciones de opresores-oprimidos al interior de los países.

g) También puede reobrar contra la política de Reagan respecto de América Latina, la actitud que ante ella están tomando los países más reaccionarios del continente. Todo el Cono Sur recibió con agrado la subida al poder del Presidente Reagan y del Partido Republicano. Lo mismo puede decirse de Guatemala y, desde luego, lo mismo ha de decirse del sector actualmente dominante en la Fuerza Armada de El Salvador. Y no es de extrañar. Como se ha notado agudamente, son los mismos los orientadores intelectuales de la política de Reagan y de algunos de los regímenes más totalitarios de América Latina. Así como la posición de Estados Unidos en favor de Israel le está despertando la enemistad más decidida y efi-



caz de los países árabes, lo mismo le está ocurriendo con los países democráticos de América Latina, que están en desacuerdo con las prácticas totalitarias y dictatoriales de algunos países latinoamericanos. Quizá no sean todavía muchos, quizá sigan algunos de ellos impresionados por el peligro marxista, pero el proceso se ha iniciado y puede robustecerse en el momento en que el intervencionismo imperialista norteamericano tome formas más agresivas y se haga presente en nuevos lugares.

## 6.2. Ilógica interna de la posición intervencionista norteamericana.

Este tipo de reacciones no es inducido externamente. Surge como respuesta obvia a la ilógica y a la injusticia de las posiciones de Reagan frente a los problemas sociales de América Latina y frente a los remedios que se requieren. No se basan, además, en una crítica a los fundamentos estructurales del permanente intervencionismo imperialista norteamericano —punto de vista

importantísimo, pero que desviaría ahora la atención de las debilidades específicas de la posición reaganista— sino, más bien, en las debilidades y errores, en la injusticia e ilógica, de lo que es específicamente la forma actual del intervencionismo y en lo que es específicamente su fundamentación política. Veámoslo, conforme al mismo esquema, que seguimos en la presentación de las posiciones reaganistas.

6.2.1. La actitud de orgullo nacional herido, como motor de una reacción del pueblo norteamericano que revierta el proceso de declinación del imperio, puede tener efectos inmediatos, pero no es fundamento adecuado para plasmar políticas correctas. Reagan y los suyos quieren hacer ver al pueblo norteamericano, que las graves quiebras de su poder se deben a causas coyunturales, tales como la mala conducción del Presidente Carter o los planteamientos erróneos de un Congreso, dominado por los demócratas. No quieren ver que las causas son más profundas e irreversibles. El capitalismo genera sus propias



dificultades tanto al exterior de Estados Unidos con la competencia de los países altamente industrializados —Japón y Europa Occidental, por el momento— como al interior con desarrollos objetivos y subjetivos, a los que se les pueden poner paliativos, pero no remedios definitivos. Sin entrar ahora en la tesis general, más discutible, de que el capitalismo genera tales contradicciones fundamentales que está llamado a ser sobrepasado y su consecuencia respecto de Estados Unidos, como representación más cabal de ese capitalismo, basta con aludir a la ley histórica de la decadencia de todos los imperios y, en nuestro caso, de la hegemonía del imperio norteamericano. Por una serie de razones del poder mundial está siendo cada vez más compartido, a medida que la capacidad productiva y técnica se desarrolla más y va siendo más compartida. Cada vez van a ser más los que no se dejen manipular y manosear por los Estados Unidos, acostumbrados a hacerlo especialmente en las últimas décadas tras la segunda guerra mundial, sobre todo respecto de los pequeños países y especialmente de los latinoamericanos. Cada vez menos el mundo, muchos países del mundo, van a tolerar ser tratados como menores de edad y desprovistos de toda fuerza histórica.

Lo que está recibiendo Estados Unidos por parte de muchas naciones —y esto con independencia de la contradicción fundamental que se da entre los sistemas capitalistas y los sistemas socialistas— no es sino la respuesta a su insultante poder hegemónico. Hoy siente su orgullo herido cuando se le paga con la misma moneda con que ellos han viajado por el mundo. Estados Unidos harán bien en ver muchas de las reacciones contra ellos precisamente como reacciones, como respuestas a una conducta anterior, que, si a veces ha sido favorable a algunas capas sociales de los países, ha sido otras enormemente desfavorables para las mayorías populares de esos países. No deben verse a sí mismos como mártires incomprensidos sino como penitentes públicos, que están recibiendo la respuesta que se merecen. Todo lo que el pueblo de los Estados Unidos merece de admiración y agradecimiento, merece de rechazo la acción de sus gobiernos mucho más interesados en defender intereses hegemónicos propios que en mirar por el bien de la humanidad. Como le acaba de decir el Presidente de México a Reagan los pueblos en desarrollo, los pueblos del Sur, no necesitan pasar de la sumisión, a la que se han visto sometidos, a la

altanería, pero si quieren portarse con dignidad y quieren ser respetados.

Harían bien los Estados Unidos en comprender esta nueva *forma animal*, este nuevo modo de la conciencia colectiva de muchos países. No supone esto una amenaza a la seguridad de los Estados Unidos sino sólo a su prepotencia, que ha ido dejando enemigos aun allá donde ha hecho favores interesados. La seguridad hay que plantearla en otros términos, que implican por lo pronto la interconexión y la interdependencia, la igualdad y el respeto. Implica también la no simplificación en la lectura de los procesos históricos.

Los países más viejos y menos ingenuos se pasman a veces de esta simplificación, sobre todo en lo referente a la política internacional. Y los países revolucionarios se pasman también de qué mal comprenden los Estados Unidos la reacción de pueblos enteros ofendidos, de clases sociales y mayorías populares, a los que se les ha privado de toda dignidad y de toda esperanza, si es que no rompen con el camino del desarrollo que les querría imponer el capitalismo. Estados Unidos está orgulloso de su manera histórica de proceder, pero es porque no ha leído el reverso de su historia, de su historia en el propio interior de los Estados Unidos —lo que ha representado y representa su actitud ante la esclavitud de los negros y ante la marginación de las actuales minorías negras y latinoamericanas— y, sobre todo, de su historia en el proceso mundial de las naciones y de los pueblos que tanto se empeñan en desconocer al tratar de evitar toda consideración dialéctico-estructural entre países pobres y países ricos, entre el Sur y el Norte.

Esto no implica negar el aporte histórico de los Estados Unidos a la humanidad. También el capitalismo tiene resultados positivos que presentar. Pero el capitalismo en su conjunto y su representante principal en la actualidad conlleva consigo una espantosa carga de anti-valores, que van desde la expoliación inmisericorde en pocos años de los recursos de la humanidad hasta la explotación sistematizada de clases y de pueblos enteros. Como un trágico símbolo, Estados Unidos debería recordar permanentemente que ha sido el único país que ha lanzado sobre poblaciones indefensas la bomba atómica. Quizá haya quienes piensen que el capitalismo es un mal menor, que ha de ser tolerado, si no porque la suma de sus ventajas y bienes es superior a la de sus desventajas y males, al menos porque es el siste-

ma menos malo. Pero hay otros muchos que no piensan así y que buscan por el camino del socialismo una solución para el mundo y para sí mismos en que la cuenta de los éxitos no se tenga que pagar con tanto dolor e ignominia.

Para no extendernos más sobre este capítulo de las actitudes, lo que Estados Unidos debería tener en cuenta es que su supervivencia no la puede seguir viendo en términos de hegemonía. Como quiera que sea, actitudes hegemónicas simplistas, transmitidas idealística y demagógicamente al pueblo, patentizan claras similitudes con actitudes fascistas y ultranacionalistas, que acaban siendo funestas no sólo para otras naciones, sino para la propia nación que las promueve.

Y este es un peligro grande en la actual coyuntura de Estados Unidos. La nueva ola de conservatismo no bien procesado, alentada sistemáticamente por la administración republicana y por los intereses económicos, que están tras ella, puede promover acciones agresivas del todo inconvenientes para, sobre todo, las pequeñas naciones próximas al imperio, que buscando una solución real de sus problemas ven que la propuesta y defendida por los Estados Unidos es injusta y descabellada. ¿Se tolerará en este ambiente la rebeldía del pequeño David contra el gigante Goliat? ¿Bastará la honda del pastor contra la armadura militar del gigante?

6.2.2. Pero como decíamos en la parte correspondiente (2.1.) más importante que el problema de las actitudes es el problema de los supuestos fundamentales, que están en la base de la nueva política norteamericana.

Ante todo, el problema de la seguridad nacional como objetivo supremo. El planteamiento aquí, reducido a sus más simples perfiles, puede formularse así. La seguridad de los Estados Unidos está por encima de cualquier otra consideración, está por encima no sólo de la seguridad de las demás naciones o grupos de naciones sino de la soberanía de ellas, de cualquier legislación y aun de la supervivencia de la humanidad. Dicho drásticamente: si para salvaguardar su seguridad y su hegemonía, Estados Unidos tienen que poner en peligro la vida de una gran parte de la humanidad, no dudarán en hacerlo, y menos en administraciones como la de Reagan. Sin duda en el curso ordinario de su política hay límites, unas veces surgidos de la propia conciencia del pueblo norteamericano y de su opinión pública y otras de las presiones de sus aliados y de la opinión



pública mundial. Pero en casos extraordinarios y en extremo peligro real o imaginado de la seguridad de Estados Unidos —y repetimos que no es seguridad como supervivencia nacional sino seguridad como hegemonía mundial o, al menos, como pérdida de algunos elementos que consideran esenciales para su “bienestar” (caso del petróleo y de los energéticos, entre otros)— estarían dispuestos a tomar cualquier medida, incluida desde luego la utilización de la energía nuclear, el terrorismo de Estados y aun el terrorismo inducido.

El confundir la seguridad con el propio bienestar, que se considera ya como un derecho histórico; el confundirlo también con una posición de hegemonía indiscutida, son dos de los grandes errores de esta concepción, que permiten toda suerte de gravísimas injusticias. No se pone en duda de que Estados Unidos, como cualquier otra nación, tiene que velar por su propia seguridad y por sus propios intereses. Lo que sí se pone seriamente en duda, más aún, lo que se niega taxativamente, es que la seguridad así entendida, que no tiene en cuenta la seguridad de los demás países y pueblos, puede ser la última ratio de la estrategia política. Hay otros modos más racionales y justos de entender la seguridad na-

cional, fundados en la idea de la presencia de otras comunidades igualmente autónomas y soberanas y, sobretudo, de la común igualdad de los hombres, que va más allá de la igualdad entendida dentro de los límites amparados por la constitución norteamericana. Por otro lado la fuerza debe someterse a razón y a ley, y los jueces de la razón y de la ley deben ser representantes de toda la humanidad y no representantes transitorios del pueblo norteamericano.

No es cierto, por otra parte, que Estados Unidos se arme para que su fuerza consolide la paz. Es evidente que Estados Unidos está armando, por ejemplo a la Junta militar demócrata cristiana de El Salvador, para combatir a sus adversarios, sin importarle decisivamente la sangría que está causando en el pueblo salvadoreño. A la administración Reagan poco le importan las advertencias de los sectores religiosos más prestigiados de Estados Unidos ni las opiniones de México y otros países plenamente democráticos. Suponen que esas armas debilitan al comunismo internacional y esto les basta. Los muertos, las torturas, los decapitados y torturados son cosa moral de menor importancia. La política es lo que importa. Y ni siquiera se dan cuenta de que es mala política, de que están multiplicando sus enemigos y de que están poniendo cada vez más polarizada y peligrosa la situación mundial.

B. Con esto podemos entrar en el segundo punto. La principal confrontación es la de Este-Oeste, una confrontación que reviste la forma ideológica de comunismo-capitalismo, pero que se plantea en la superestructura político-ideológica-militar y no en la realidad de los hechos sociales. La URSS es el principal enemigo de USA y lo es porque le disputa de inmediato el poderío militar. Esto se ve claramente, si se atiende a que la URSS no es todavía un adversario económico de importancia para los países capitalistas. Por eso, lo que importa a USA es el avance militar y estratégico de la URSS, lo que puede suponer un grave peligro militar y de abastecimiento básico de USA.

No puede negarse que haya un enfrentamiento militar-estratégico USA-URSS y que en los últimos años el balance de fuerzas, de ser claramente favorable a USA ha pasado rápida y firmemente a ser favorable a la URSS, más preocupada por este aspecto, junto con el ideológico, que por problemas de desarrollo económico. Esto requerirá medidas de USA y de la OTAN, en las que no nos interesa entrar. Pero de ello no se

sigue en forma alguna que sea la confrontación Este-Oeste la única o la fundamental determinante de lo que ocurre en todo el mundo y, desde luego, de lo que ocurre en El Salvador y en América Latina.

Ya anteriormente (3.3.) se discutió brevemente por qué esa oposición Este-Oeste no se puede considerar como la primaria. Por consiguiente, una política general fundamentada sobre esa primariedad, llevará a consecuencias desastrosas. La creciente militarización, el cese de la distensión, el aplastamiento de presuntos o posibles aliados de la URSS, la bipolarización del conflicto, el desprecio a la alternativa de los países no alineados, la entrada en una nueva fase de la guerra fría y el mayor peligro de confrontación, incluso nuclear, son algunas de ellas. Es interesante, en contrapartida, cómo la URSS le está ofreciendo a USA pláticas de desarme y cómo los países europeos exigen el inicio de esas pláticas para poder aceptar la nueva armamentización nuclear de Europa, propuesta por USA, así como el incremento en gastos militares.

C. Pero donde más afecta a América Latina y a otros países en desarrollo esta concepción Este-Oeste es en la explicación mecánica, convertida en standard, de que los conflictos sociales, y ya no digamos las guerras de liberación, se deben primariamente a un influjo directo del terrorismo internacional exportado por la URSS y por Cuba. Se desecha como dato primario la injusticia estructural y la represión sistemática como las fuentes primarias de la respuesta revolucionaria. Bastaría con evitar el contagio y la ayuda comunista para que esas causas estructurales no produjeran efectos revolucionarios. Una vez apagados los fuegos revolucionarios mediante una terrible represión militar, ya no habrá quien exija cambios estructurales y, mucho menos, quien propugne un sistema de desarrollo, no sólo distinto del capitalismo, sino contrapuesto a él. Se harán reformas sin preguntarse si el carácter estructural de los males quedará intocado por el camino de las reformas, aunque algunos de sus efectos más visibles y macabros puedan ser desdibujados. No se pregunta si un sistema capitalista no lleva consigo a la larga y en el conjunto de la población mundial que las grandes mayorías proletarias o pre-proletarias, sean clases sociales o pueblos enteros, estén permanentemente explotadas o, al menos, relativamente postergadas. ¿No se da por hecho evidente el que, si siguen las dinámicas actuales del capitalismo, la brecha entre

los países pobres y los países ricos será cada vez mayor, así como la brecha entre pobres y ricos dentro de cada país? ¿No es esto el caldo de cultivo de una permanente oposición —llámese lucha de clases o no— entre pobres y ricos, entre unos países y otros? ¿Dónde queda aquí la sustancial igualdad entre los hombres y la sustancial igualdad entre los pueblos? ¿Es que este enfrentamiento en el campo de la riqueza y de la pobreza, como fundamento material de los valores y de las distintas posibilidades de vida, no pertenece a lo sustancial de las personas?

La Unión Soviética puede acercarse con mayor éxito a algunos países, porque en ellos se dan unas determinadas condiciones objetivas, condiciones creadas por el sistema capitalista. De ahí que esos países se acerquen al marxismo y a los países socialistas, pues ven en ellos la contradicción triunfante del capitalismo que todavía les sojuzga a ellos. El mal llamado terrorismo revolucionario es la respuesta muchas veces al verdadero terrorismo.

6.2.3. Así como las actitudes no son las correctas ni los supuestos los acertados, tampoco las justificaciones son aceptables. Son justificaciones traídas para dar por bueno algo que de antemano ya se ha decidido. Se trata, por tanto, de justificaciones ideologizadas, en las que, al amparo de pretextos a primera vista razonables, se esconden propósitos inconfesables de dominación.

A. Como tal ha de verse la apelación a la Doctrina Monroe y su intento de actualización. Nada como ella para aclarar cómo Estados Unidos subordina a sus ventajas, amparado en su poder, los compromisos internacionales.

En la Doctrina Monroe se pretende alejar de la zona de influjo y de dominio estadounidense a cualquier potencia que pueda hacerle sombra. Entonces no se trataba del marxismo ni del expansionismo comunista; se trataba de cualquier poder que le pudiera hacer competencia en el continente latinoamericano. Y esto nos pone bien en claro qué es lo que pretende Estados Unidos, cuando hoy tratan de impedir toda presencia comunista en el área. No es otra vez el interés de los latinoamericanos, de los no estadounidenses, sino que es su propio y exclusivo interés. Antes era el capitalismo europeo colonialista el que podía poner freno o, al menos, el que podía disputar el territorio continental y sus islas a la hegemonía militar y comercial de Estados Unidos. Hoy se ve como tal adversario a quien es su

enemigo principal, la Unión Soviética.

Por otra parte, la Doctrina Monroe ofrecía, como contrapartida a los países extraños al área, la abstención de Estados Unidos en los asuntos europeos. Evidentemente esto no se ha cumplido. Se dirá que ha sido así porque algunos países europeos se lo han pedido. Pero el hecho es que miles de soldados yanquis inundan Europa y los demás continentes. ¿Por qué no pueden algunos países europeos acudir al llamado de algunos países latinoamericanos, cuando ha quedado roto el equilibrio que teóricamente implicaba la Doctrina Monroe? Ya no hay lógica jurídica alguna, cuando Estados Unidos, que acude a intervenir en los asuntos europeos de modo decisivo, a pedido de países soberanos, trate de impedir, apoyado en razones jurídicas, el que países igualmente soberanos busquen su apoyo allá donde quieran.

Se apelará a distintos tratados suscritos por los países latinoamericanos bilateralmente y/o en conjunto. Es hora de que América Latina revise esos tratados. En todos ellos se verá la imposición injusta del poderío estadounidense sobre la debilidad de unos pueblos y unos gobiernos intervenidos económica y militarmente. Se han hecho tratados a conveniencia de los intereses norteamericanos y de los intereses de las clases dominantes, que aparecían ligados a aquéllos.

Precisamente el esquema Norte-Sur permite corregir la sentencia monroeniana y decir "América Latina para los latinoamericanos". Hay mucha mayor contraposición de intereses entre los verdaderos de América Latina y los buscados por Estados Unidos, entre los de USA y los de los países no alineados o los de los países del Tercer Mundo. No la geografía, sino la historia es aquí el criterio fundamental; no la proximidad material, sino la conexión esencial de intereses. Y aún podría insistirse en las esenciales diferencias históricas, biológicas y culturales, sociales y económicas, que se dan entre la civilización norteamericana y la civilización latinoamericana. No hay más que poner en comparación el ingreso per cápita de Estados Unidos con el promedio de América Latina y la consecuencia en el estilo de vida que esto supone. Y esto sin hacer análisis profundos que mostrarían cómo en su conjunto el alza de ese promedio en Estados Unidos implica la baja en el de los países si no de América Latina, sí de los del Tercer Mundo. Hay que analizar en profundidad si no son, desde el punto de vista económico al menos, contrapuestos los in-



tereses de Estados Unidos y los intereses de América Latina, fundados en un intercambio desigual de materias primas o poco elaboradas con bienes industriales y de consumo. Ello nos haría ver el profundo engaño que se encierra en la doctrina Monroe de América para los americanos. No hay unidad que compartir; hay más bien riquezas y territorio que dominar.

B. No supone esto una invitación a caer en manos de otra potencia, sea ésta la Unión Soviética sea cualquier otra. Cualquiera sea el juicio ético y político que pueda merecer el expansionismo soviético, es claro que América Latina no puede aceptarlo para convertir a la URSS en sustituto de lo que ha sido hasta ahora USA. Hay aquí dos problemas conexos: el del comunismo como supremo mal que justifica la comisión o la permisión de cualquier otro mal, que siempre sería menor; y el de someter a diversos países de América Latina bajo el dominio de la Unión Soviética.

Por lo que toca al comunismo como mal absoluto y universal, contra el que se puede luchar con cualquier arma, hay que insistir por lo pronto en que el fin no justifica los medios. Y hay que insistir inmediatamente en que se va hacia el comunismo por ser la contradicción práctica de los males que ha sembrado el capitalismo. Aquello, que suele repetirse como tópico, de que donde hay justicia social no hay campo para el comunismo, puede ser cierto; pero inmediatamente hay que preguntarse por la relación intrínseca

que pueda darse entre la no existencia de justicia social y la presencia del capitalismo. No es nuestro tema aquí, pero es una observación que no puede ser rechazada con el aporte de ejemplos simplistas, que no tienen en cuenta la totalidad de las relaciones y se detienen sólo en parte de ellas. Hay que preguntarse, por tanto, en cada caso con qué se encuentra prácticamente para combatir la explotación del capitalismo, ciertamente no para caer de nuevo en la práctica de que el fin justifica los medios, pero sí para poner aquellos medios proporcionados que son exigidos por un fin necesario.

Esto hace que Estados Unidos no tenga derecho alguno de combatir de cualquier modo y por cualquier medio lo que se le antoje como comunismo. Su apelación a los valores occidentales y cristianos es en el caso de América Latina las más de las veces una farsa. Y si no hubiera puesto y siguiera poniendo sus manos capitalistas en Latinoamérica, tal vez los latinoamericanos podrían encontrar un camino propio, que no quedara sometido ni a las dos grandes superpotencias ni a ninguno de los dos modelos hoy predominantes. Pero mientras se le siga acosando al continente desde el polo de expansión capitalista y ese acoso suponga injusticia, pobreza, explotación, opresión, entonces será obvio que los pueblos acudirán a su contradictor histórico para librarse de su mal actual. Estados Unidos en particular y el capitalismo en general son los que más han hecho para que surja el comunismo co-

mo movimiento político. Por eso no es justo que combatan con la violencia aquello que han hecho surgir con la explotación. Si dejaran de propiciar intereses capitalistas injustos —cosa que no parece tan fácil— harían mucho más contra el comunismo que combatiéndolo con regímenes dictatoriales, con cercos económicos, con propagandas denigrantes. No deberían, por otra parte, asustarse de crisis históricas que son probablemente más transiciones necesarias que etapas definitivas.

Es cierto que el comunismo no ha encontrado todavía formas políticas prácticas que sean satisfactorias. Ni en lo técnico, ni en lo económico, ni en lo político. No reconocer esto es una ceguera, que hace todavía más difícil la confrontación con el capitalismo. El ya de por sí difícil camino de los movimientos revolucionarios y de las luchas de liberación latinoamericanas se hace más difícil, cuando se justifican, planifican y proyectan con esquemas mecánicos, nacidos de posturas idealistas o románticas, cuando no de pereza e incuria mental. Todo lo cual sería subsanable con uso a fondo del marxismo, que hace de la realidad histórica su campo principal de investigación y su criterio fundamental de verificación.

Pero reconocer esas debilidades no es estar proponiendo una tercera vía, que si puede llegar a existir no es todavía histórica y prácticamente disponible. Se trata, en cambio, de ser más esto que lo otro, de estar más en una línea que en otra. Y, sobre todo, se trata de ponerse en aquel camino correcto, ya hecho o todavía por hacer, que con los dinamismos debidos y con la orientación precisa, lleve paulatinamente, con tropiezos y errores, a una tierra nueva que no se conquista de una vez y, menos aún, se reconstruye de una vez por todas. Hay que hacer las cosas lo mejor posible y no conforme a pautas máximas imposibles o, lo que sería peor, conforme a pautas, que ya han demostrado su inviabilidad histórica o sus contradicciones humanas.

Para acertar en este difícil camino debe primar la exigencia permanente de la autonomía y del respeto a la propia autenticidad originaria. De ahí la importancia del no alineamiento. No se emplea aquí este término en su actual sentido histórico, como si en todos los casos fuera necesariamente lo más conveniente una práctica de no alineamiento. A veces lo mejor no es actualmente posible. Se lo emplea más bien como llamada a la independencia y a la soberanía. La sumisión ab-

soluta a un país determinado es un error; cualquier país mira más por sí mismo que por cualquier otro y los problemas de cualquier país son distintos de los de cualquier otro. Y ningún pueblo, por pequeño que sea, está excusado de encontrar por sí mismo, con todas las ayudas que se le quieran prestar generosamente o que se busquen discernida y cuidadosamente, su forma propia de realizarse y de encontrarse a sí mismo.

Estados Unidos actúa errónea e injustamente, cuando so pretexto del peligro comunista, adopta por la fuerza acciones represivas y discriminatorias y refuerza regímenes que confunden la seguridad del status quo con la seguridad nacional y con el bien común. Pero a veces se le ofrecen gratuitamente pretextos, que favorecen su propaganda ideológica y su enfrentamiento violento contra los movimientos revolucionarios. Y esto debido no sólo a exageraciones verbales y demagógicas, sino a propósitos y modelos que no responden a la realidad posible y que nunca deberían ponerse en práctica. El marxismo no es un dogma sino un criterio de verificación; quienes se dicen amigos de él, deberían tenerlo en cuenta más de lo que es usual.

Por otro lado, la conducta de Estados Unidos con países como China y Yugoslavia debería servir para no cerrar los ojos a dos puntos significativos. La presunta repulsa de Estados Unidos al comunismo como ideología o conjunto vital es derivada; cuando no entra en conflicto con sus intereses económicos y/o estratégicos o, con mayor razón, cuando los favorece, no lo combate, antes puede llegar a favorecerlo. En segundo lugar, el pragmatismo norteamericano, especialmente el de los republicanos, puede permitir arreglos hasta con los regímenes más distantes al suyo, sean de extrema derecha o de extrema izquierda, si es que se atienen a ciertas condiciones, de las cuales la principal es no ser aliados efectivos de la Unión Soviética. Lo que el comunismo más molesta al imperio es que sirva de puente a la presencia soviética; cuando esto no ocurre, la tolerancia del fenómeno por USA es mucho mayor. Lo cual debe tenerse en cuenta para ser pragmáticos con los pragmáticos.

C. Desde otro punto de vista se aprecia también este pragmatismo yanky. La violación de los derechos humanos puede tener su gravedad, pero es inevitable en países como los latinoamericanos, cuya necesidad primordial es el orden. De ahí que puedan permitirse y aun fomentarse regímenes 'autoritarios', que 'ordenen' la anar-

guía, tan propia de los países latinos. Claro que distinguen entre países 'autoritarios' y 'totalitarios', pero la distinción se pone no en la dureza del régimen, sino en su carácter pro-soviético o anti-soviético.

Empezando por lo más superficial, si el mal político principal de los países latinoamericanos es el desorden y la anarquía, no debería ponerse pega a ningún régimen autoritario que tratase de superarlo, fuera de una línea occidentalista y capitalista o fuera de una línea comunista. Pero aquí aparece de nuevo la ilógica de la postura americana. No es el mal principal aquel que llaman tal, cuando les conviene. El mal principal es el convertirse en peligro para Estados Unidos, con lo cual resulta que sólo es defendible aquel orden y aquellos ordenadores, que no pongan en peligro inmediato o remoto, grave o leve a Estados Unidos.

Y es que no acaban de reconocer cuál es el verdadero desorden de América Latina, cuál es su causa profunda y quiénes son sus principales responsables. El desorden no es primariamente político sino económico-social; su causa profunda es la injusticia deshumanizadora que domina en estos países; y sus principales responsables son las clases capitalistas, que en dependencia con los intereses capitalista transnacionales o simplemente imperialistas mantienen la injusticia y provocan el desorden social. No negamos que haya otras causas culturales e históricas, pues las causalidades históricas no son lineales y mecánicas; causas que en momentos precisos y en coyunturas determinadas pueden ser las que desatan conductas y acciones anárquicas y desintegradoras. Pero esto no obsta a que a la larga y en lo profundo la causa más honda, estructural y permanente de los desequilibrios latinoamericanos, su predisposición al terremoto o al temblor político, esté en su estructuración socio-económica. Ni siquiera está en el subdesarrollo sin más, sino en el concreto sub-desarrollo de una dominación de clases, que lleva luego a una lucha de clases y de una dominación de países que lleva más tarde a una confrontación nacional. Mientras no entiendan esto los intelectuales de la administración Reagan y los ejecutores de su política exterior respecto de los países del Tercer Mundo no acertarán a entender ni a superar eso que llaman despectivamente guerras de liberación.

Por lo mismo, el pragmatismo egoísta americano no acierta a calibrar las violaciones de los

derechos humanos en América Latina. Así son capaces de sostener, nada menos que por boca del propio Vicepresidente Bush, que ningún país viola en América Latina los derechos humanos tanto como Cuba. Tal afirmación no es sólo falsa, sino que muestra una monstruosa deformación en la comprensión de lo que son los derechos humanos. No sólo no está de acuerdo con aquel principio, sostenido por ellos, de que en América Latina hay que renunciar a ciertas prácticas democráticas en beneficio del orden, la ley y la efectividad, sino que desconoce impudicamente lo que hay de humano en los derechos humanos.

Efectivamente, si estuvieran más cerca de la realidad latinoamericana, verían los dirigentes republicanos que hay una jerarquía en los derechos humanos y que no es lo mismo violar el derecho a la vida que el derecho al voto o el derecho (?) a la alternancia no sólo de gobiernos sino de regímenes; el derecho a salir del país con el derecho a escapar de la tumba. Los derechos humanos que están siendo pisoteados por regímenes como los de El Salvador, Guatemala, etc., son los llamados derechos fundamentales: el derecho a la vida, pero no un derecho abstracto y genérico sino el derecho a no ser asesinado, y a no serlo precisamente por los poderes públicos del Estado, sin que interceda acusación ni juicio; el derecho a no ser encarcelado, torturado, desaparecido; el derecho a no morir de hambre o de enfermedades fácilmente superables con una atención médica mínima; el derecho al trabajo, en la medida al menos de poder conseguir algo que comer, una vivienda mínima y una educación que lleve siquiera a la alfabetización. Aquí es donde desde hace decenas de años debiera haber intervenido la Doctrina Monroe, la política de buena vecindad, la bondad de la democracia capitalista para impedir o superar estos males primarios.

Cuando la administración Reagan sostiene que los derechos humanos pueden esperar, que lo importante es combatir al comunismo, debería tener muy en cuenta que se trata de esos derechos humanos fundamentales, que no admiten ningún retraso ni condicionamiento alguno. Desde este punto de vista es claro que si el comunismo puede hacer justicia a estos derechos fundamentales en breve tiempo, como lo ha hecho Cuba, entonces tiene toda razón para hacerse presente en países en los que el capitalismo —o el precapitalismo, si se quiere— y la democracia occidental

son los responsables y causantes inmediatos de esa masiva violación de los derechos humanos fundamentales. Quien resuelva mejor y a la larga esa violación; quien asegure mejor y a la larga su florecimiento; quien en definitiva tenga primariamente ante los ojos las necesidades de las mayorías populares y no los intereses del capitalismo internacional o nacional, ése será quien en justicia debe gobernar. Probablemente la ceguera del pueblo norteamericano y de sus gobernantes que les impidió ver durante tantos años la monstruosa situación de la esclavitud negra dentro de sus fronteras, es la misma ceguera que les impide actualmente ver con un mínimo de realismo ético la situación del subcontinente latinoamericano. Realismo ético que es invocado por los reaganistas con pretensiones cínicas, porque el realismo ético, antes de preguntarse qué es posible hacer, debe tener ante los ojos, como barrera infranqueable, aquello que de ninguna manera puede ser permitido. Y esa barrera pasa por en medio de los derechos fundamentales, concebidos tal como acabamos de apuntar. En subordinación a estos derechos puede empezarse a hablar de los derechos políticos y estos entendidos, no como los de una clase burguesa que quiere ver reflejado política y socialmente su poderío eco-

nómico, sino como los derechos de unas mayorías populares que necesitan ver institucionalizadas sus exigencias. Y éste es el desafío fundamental que enfrentan los movimientos de liberación y los procesos revolucionarios.

D. Nada de esto tiene por qué poner en peligro los legítimos intereses de Estados Unidos y, mucho menos aún, su seguridad nacional. El peligro está más bien en la inestabilidad de la zona y en el que la injusticia profundizada y alargada provoque una reacción polarizada. La inestabilidad proviene fundamentalmente de la situación socio-económica, estructuralmente injusta más allá de sus desequilibrios coyunturales; la polarización proviene de un comportamiento de los poderes dominantes internos y externos verdaderamente sanguinario y genocida en la represión de los movimientos revolucionarios. Estados Unidos está labrándose su propia inseguridad, retrasando una solución verdadera, que podría tener un momento de virulencia, pero que sería el comienzo de una solución estable. Nada sería más necesario para Estados Unidos que la revisión de su política de seguridad respecto de los países latinoamericanos: qué amenazas reales pueden provenir de ellos en lo económico, en lo militar y en lo político y cuáles serían los modos mejores de



paliar un arraigado anti-yankismo, que vino a sustituir al anti-hispanismo, surgido también de otra etapa y de otra forma de colonialismo. Mucho más segura sería la zona centroamericana para Estados Unidos, si superara pronto esta dramática etapa en la que han llegado a conjugarse hasta llegar al paroxismo la violencia estructural explotadora y la salvaje represión. La superación no podrá venir probablemente por la imposición de la antítesis, que es la negación generada por la tesis imperante actual, ya que la antítesis, por razones que aquí no podemos desarrollar y de formas a veces muy sutiles que sería preciso descubrir, lleva consigo muchos de los males de la tesis negada. Fuera de que la simple negación no basta y debe llegarse a una estricta superación. Esta superación incluirá algunos valores o simplemente necesidades de la tesis, incluirá también negaciones de los elementos más negativos —negación de la negación, como consecuencia real y necesaria la segunda de la primera— y tendrá que encontrar no mecánica sino creativamente aquello que falta y por cuya falta se convirtió en negativo el conjunto, la totalidad que incluía positividades parciales.

Pudiera parecer esto demasiado lógico-dialéctico. Pero la idea de 'superación' es fundamental, tanto para los que luchan como para los que se ven en peligro por la lucha. La pura negación, la pura antítesis podría ser una pura contradicción destructiva; la superación, en cambio, debe reasumir mucho de lo negado como conjunto y totalidad, pero no como parcialidad. Esto significa en términos más llanos que la tarea de la reconstrucción tiene unas necesidades objetivas, que deben acabar imponiéndose sobre pretensiones subjetivistas, sobre idealismos románticos. El verdadero peligro de Estados Unidos y del capitalismo criollo está en aferrarse a unas posturas que por su radicalidad y su carácter de negación de las mayorías populares no puede menos de suscitar reactivamente una nueva negación, que, si no llega a la etapa de superación, no puede menos de traer más destrucción y más inestabilidad, junto con una mayor polarización. Lo que tal vez habría que añadir es que esta 'superación' no puede hacerse sobre la base del capitalismo actualmente imperante y del régimen político que lo representa; aunque esta superación tiene la ventaja de actuar con poderosos elementos ya establecidos, tiene en su contra el apoyarse sobre lo que ha sido la causa histórica de la explotación y de la represión, la causa histórica de un vigoroso

movimiento revolucionario, surgido como su contradicción necesaria.

Por todo ello lo que se le pide a la administración Reagan es que sea lúcidamente pragmatista. Y lo será, si logra ver cuál es la verdadera utilidad que le es posible sacar de sus relaciones con Centroamérica y cuál será esa utilidad o deberá ser, vista a larga distancia o a mediano plazo, más allá de un utilitarismo corto y miope, que ofrece lágrimas para hoy y más lágrimas para mañana, que hace cada vez más difícil la solución.

6.2.4. Es claro que si las actitudes no son las correctas (6.2.1.) y no son aceptables los supuestos fundamentales de la política exterior latinoamericana de la administración Reagan (6.2.2.); si sus justificaciones carecen de fundamento sólido (6.2.3.), sus propósitos y directrices con sus consecuentes realizaciones tienen que ser equivocados. Aunque dice la vieja expresión lógica que "ex falso sequitur quodcumque" (cualquier conclusión puede salir de falsas premisas), cuando las conclusiones están atadas a unas premisas no sólo falsas sino interesadas positivamente en conseguir determinados resultados, lo que se puede esperar de ellas son posiciones y prácticas equivocadas e injustas. Vamos a señalar algunas, que son más pertinentes para nuestra situación.

A. La primera y más grave es que los problemas que afectan al área se resuelven por las armas, por el aplastamiento militar de quien se supone ser agente del expansionismo soviético. Esto es un hecho, sobre todo cuando ya se da un poderoso movimiento de liberación, tal como es el caso de El Salvador.

Es probable que tras la política general de armamentización haya claros propósitos económicos de reactivación de las industrias y de los mercados norteamericanos. No puede olvidarse que es el único rubro del presupuesto federal al que el Presidente Reagan en vez de ponerle remilgos, como a los rubros dedicados al bienestar social, le da toda suerte de privilegios y aumentos. Pero, aunque esto sea así desde el punto de vista general, es claro que la ayuda militar a El Salvador no debe verse inmediatamente desde esta perspectiva, máxime si atendemos a la presencia de asesores militares, llamados para conducir a un ejército en guerra.

Como hemos repetido una y otra vez, esta solución del problema salvadoreño y de otros similares por la vía de una creciente armamentización parte de un falso diagnóstico, no resuelve el



problema y trae consigo males horribles de todo tipo. El diagnóstico es falso porque el dato primario no es el de un ejército, armado o no desde el bloque socialista —ya están apareciendo las denuncias a los manejos del Libro Blanco, escrito precipitadamente en Washington para justificar su intervencionismo militar en El Salvador—, sino que el dato primario es un pueblo explotado, al que en el mejor de los casos se le prometen unas reformas garantizadas por los mismos que imparten la represión. La armamentización, la solución predominantemente militar, no resuelve el problema, primero porque éste es social y no militar y, segundo, porque lo agudiza al extremar las posiciones populares acosadas sin respetar siquiera las leyes de la guerra. Finalmente trae consigo males horribles con más de 300,000 refugiados, más de veinte mil asesinados, con la vida económica y social deshecha, con la aguda polarización de las clases sociales, con el envenenamiento y destrucción de los valores morales, con la amenaza de males todavía mayores, si es que prosigue la lucha militar y su apéndice necesario, la represión masiva de cualquier representante o sospechoso de integrar los movimientos populares.

Estados Unidos, en el caso de El Salvador, habla aparentemente de una solución política, pero lo que busca es una victoria militar. Sabe que sin las armas, su solución política no puede imponerse, a pesar de ser sustentada por la poderosa —en términos relativos— fuerza militar del ejército salvadoreño y de los cuerpos de seguridad. Como lo han repetido políticos solventes,

como el Presidente de México, Estados Unidos con su participación militar en El Salvador está retrasando la verdadera solución. Y no le importa que este retraso la haga más difícil y en el trágico intermedio más dolorosa. Se cierra a toda suerte de mediación y negociación, aunque ésta sea patrocinada por la Internacional Socialista o por países como México. Y no sólo no obliga al PDC y a los militares a aceptar una negociación mediada, sino que se lo prohíbe en una forma de intervencionismo tan inaceptable o más que su intervencionismo militar. Estados Unidos es el impedimento fundamental de la salida política, de la salida negociada, pretextando la propuesta de unas elecciones, que, por un lado, están programadas para demasiado tarde y en las que, por otro, no van a intervenir los que hoy constituyen la verdadera alternativa. Con lo cual en marzo próximo, si se da la mascarada de las elecciones, se estará en la misma situación, por cuanto la izquierda no va a aceptar unas elecciones en las que ni quiso intervenir ni en las que se le dejó intervenir. Estados Unidos no negocia con los comunistas y, según el Departamento de Estado, la izquierda armada de El Salvador es y quiere seguir siendo comunista. Con los comunistas, sobre todo, si son débiles, no hay otro diálogo que el de las metralletas, la artillería y la aviación. Pocas veces se ha visto tal abuso de poder. Pero la larga tradición intervencionista y militarista de Estados Unidos, sobre todo en América Latina, no permite hacerse muchas ilusiones. Sólo abandonará el camino de la guerra, cuando logre lo que pretende; sólo dejará la vía de la

violencia, cuando le sea más costosa que la vía de la negociación. Tendrá que ser la opinión pública norteamericana, la conciencia colectiva, la que pueda obligar a la administración Reagan a ceder, a permitir siquiera el intento de una solución política.

Mientras tanto los derechos humanos, las vidas humanas pueden seguir siendo violentadas. El propio Embajador de los Estados Unidos en El Salvador confiesa que ha habido y hay graves violaciones de los derechos humanos; el anterior Embajador hacía mayormente responsables de las mismas a los propios cuerpos de seguridad, a quienes Estados Unidos alienta con armas. Poco importa. Se recomienda que se cese en esa violación, se recomienda que se investigue sobre los miembros de los cuerpos de seguridad responsables del asesinato de cuatro religiosas norteamericanas. Pero no se llega a la raíz. La represión es la otra cara de la guerra. Se busca un exterminio total del opositor, no sólo del que usa armas sino del que usa medios estrictamente políticos. Se conoce la amarga verdad, pero todo es permisible cuando está en juego el prestigio de Estados Unidos en el área, todo es permitido cuando se estima que el comunismo puede dar un paso adelante, por más corto y condicionado que sea el paso.

B. Junto a este capítulo de la armamentización, del debilitamiento y, si es posible, de la destrucción total por la guerra y la represión de la izquierda opositora, Estados Unidos propone reformas y ofrece ayuda económica: a corto plazo para evitar el colapso económico del gobierno de Duarte y a mediano plazo para conseguir un desarrollo económico, que supere las causas "secundarias" del conflicto y evite de paso que las masas, que las mayorías populares se vean animadas a seguir el doloroso camino de la revolución. El Subsecretario James L. Buckley pedía el 29 de abril un reforzamiento urgente e imprevisto en la ayuda económica a El Salvador, decía: "Un fallo de nuestra parte en responder rápidamente con esta ayuda adicional que estamos pidiendo, supondría un golpe devastador a la economía y quizá arrastraría la caída del gobierno Duarte".

Estados Unidos sabe bien que en el fondo del problema salvadoreño hay un grave problema económico; incluso acepta que no se trata solamente de un problema de subdesarrollo y de atraso sino también, en algún modo, de un problema de injusticia. Sabe que, estando presente y operante este problema, toda la fuerza

militar que se quiera poner e imponer acabará siendo insuficiente. Pero piensa equivocadamente que prestando esa ayuda económica y que dando la apariencia del poder político a través de unas elecciones se podrán resolver todas las dificultades y se podrá hacer desaparecer la violencia revolucionaria. Pero, si esta no desaparece, cualquier ayuda económica será inútil, haya o no elecciones. Por otra parte, en el caso hipotético de que haya un triunfo militar de los militares salvadoreños, apoyados por el armamento y los asesores norteamericanos, es claro que la posición de la Fuerza Armada saldrá robustecida, con lo que se irá a una correlación de fuerzas civiles y militares, peor aún que la actual, en la que ya los civiles apenas representan algo. Si el triunfo no lo dan las elecciones, sino que lo dan las armas, serán las armas las que usufructúen el triunfo. Si lo han hecho en El Salvador, por más de cincuenta años, cuando apenas habían tenido que usarlas, ¿quién garantiza que no seguirán haciendo, una vez que hubieran tenido un triunfo militar después de varios años de lucha estrictamente armada? ¿Quién se iba a levantar como salvador de la patria, como destructor del comunismo: la pequeña gavilla de políticos demócrata-cristianos hoy en el poder o la Fuerza Armada? En El Salvador no han faltado elecciones y las elecciones no han sido el medio adecuado para que el pueblo lleve al poder a sus representantes y, mucho menos, las elecciones han sido el camino para implantar una democracia social y económica.

Como quiera que sea, es claro que Estados Unidos está imponiendo la solución y buscando quiénes en El Salvador quieran llevar a cabo esa solución impuesta y sostenida por la administración Reagan, que en esto no se diferencia más que en grado de la administración Carter, aunque tal vez los demócratas hubieran aceptado una salida negociada, que de momento los republicanos rechazan de plano. Estados Unidos no quiere darse cuenta de que podría usar siempre el arma económica para moderar ímpetus revolucionarios de la izquierda, y que esto sería mucho más racional y mucho más ético que emplear el arma económica para robustecer atávicas conductas explotadoras, que se revierten en su contra. Al dar el predominio a lo militar, hacen que lo económico pierda su posibilidad de convertirse en mediación moderadora para un país que va a necesitar una ayuda gigantesca para su reconstrucción. Porque, del lado contrario,

un triunfo puramente militar exigirá también unos modos de gobernar, que correspondan a la índole de esa victoria, de modo que los condicionamientos económicos objetivos correrían el peligro de pasar a un segundo lugar.

Cuando México ha contrapropuesto tres condiciones básicas para participar en un plan de ayuda económica a la región de Centroamérica y del Caribe ha puesto al descubierto el juego de Estados Unidos con su propuesta de ayuda económica al área: que no vaya enlazada la ayuda económica con ayuda militar, que no se emplee para combatir el comunismo sino para el desarrollo de los pueblos, que no haya discriminación contra ningún país del área en razón de su régimen político. Queda así al descubierto lo que pretende Estados Unidos con su ayuda económica: exigir una ayuda militar y disimularla, combatir al comunismo y dejar fuera de la ayuda a países como Cuba o Nicaragua, que no siguen vías capitalistas para su desarrollo económico y político. Nada podía ser tan significativo y tan desvelador de las intenciones norteamericanas como esta fulminante contrapropuesta mexicana. México sabe bien que el área necesita de una vigorosa y continuada ayuda económica, que restituya en alguna medida el despojo a que se ha visto sometida durante decenios; pero sabe asimismo que, si han de superarse los planteamientos comunistas, es precisamente por el camino de la superación y no por el camino de la oposición, porque tras la bandera, tal vez equivocada del comunismo, se esconden muchas cosas buenas, muchos dinamismos y muchas contradicciones, que es preciso rescatar, pues surgen de las propias entrañas históricas de un proceso secular de dominación y explotación.

La sumisión de lo económico y social a lo militar y político, la conjunción de las reformas económicas y de la represión muestran la verdad de los propósitos y de las realizaciones estadounidenses en El Salvador y en países con situación semejante. Ya lo dicen sus teóricos: una mezcla de la política de contención de Truman y de la política desarrollista de Kennedy. Pero si ésta fracasó, también fracasará la nueva propuesta. Entre otras razones, porque no se quiere enfrentar la realidad tal como es. Y es que la realidad tal como es, en varios de los países menos desarrollados, está más cerca de las soluciones marxistas que de las soluciones capitalistas. Y hay más proximidad de Estados Unidos y del capitalismo a los males que afectan a estos países que de la

Unión Soviética y del marxismo a los movimientos que han surgido para combatir esos males. Esto hace más difícil la política estadounidense en países que conocen bien los males del capitalismo, que han aprendido a criticarlos teóricamente desde los análisis marxistas y que todavía no han experimentado los posibles peligros de una dominación soviética, a la que, por otro lado, ven como demasiado alejada e improbable.

También aquí la contradicción esencial no es Este-Oeste sino Norte-Sur. Y, sin embargo, el predominio de la solución militar sobre la solución social juega, como si fuera la principal, la contradicción Este-Oeste. Por la historia pasada, en un primer momento Estados Unidos debiera buscar en vez de aliados para una lucha entre las grandes potencias, vecinos que le respetarán si son respetados, que no le hostigarán si no son hostigados, que incluso podrán colaborar, si es que se tiene en cuenta su peculiaridad y sus necesidades objetivas.

## 7. Conclusiones.

No debiera concluirse de esta larga exposición una valoración simplista y maniqueísta de la intervención de Estados Unidos en América Latina y especialmente en El Salvador. No podemos caer en el esquema engañoso y demagógico, según el cual se trataría de una lucha de buenos y malos, en la que todo el bien está en un lado y todo el mal en otro, en la que una parte tiene toda la razón y la otra carece completamente de ella. De todo lo dicho se desprende sí que la política imperialista de USA, tal como se verifica concretamente en El Salvador, es en sí misma errada, porque no va a conseguir los efectos que dice querer lograr e injusta porque está causando unos males gravísimos a un pueblo inocente que, como ciudadano del mundo, tiene al menos los mismos derechos que el pueblo norteamericano. ¿Qué diría este pueblo, si tuviera que sufrir por intervencionismos de un país extranjero, lo que está sufriendo el pueblo salvadoreño? Pero no se desprende que la política general emprendida por la administración Reagan, de la que la política referente a El Salvador toma su sentido y dirección, carezca de fundamento desde sus puntos de vista. Lo que sucede es que sus puntos de vista no son nuestros puntos de vista, sus intereses no son nuestros intereses, su seguridad no es nuestra seguridad.

Así podemos aceptar que para USA sea un

problema fundamental el creciente poderío militar de la URSS, de modo que deba orientar su política general hacia la reversión de ese movimiento. Podemos aceptar incluso que a la mayor parte de los países les conviene que se dé un equilibrio armamentístico entre las dos superpotencias y sus respectivos aliados como condición indispensable para que se abra un ámbito posible de independencia y autonomía relativas a las naciones, que no quieren ser satélites de ninguno de los dos poderes. Desde este punto de vista la oposición Este-Oeste es una de las oposiciones fundamentales, que deberán resolver las dos superpotencias teniendo en cuenta que están poniendo en juego no sólo su propia supervivencia sino la del mundo entero, pero que por poner en juego la supervivencia de la humanidad da derecho a los que somos su mayor parte a presionar para que el conflicto y la oposición de las dos superpotencias se enmarque dentro de unos marcos y pactos racionales.

Lo que negamos es que, por ser éste un problema fundamental para USA, tengamos que padecer sus consecuencias aquellos países para quienes la confrontación Este-Oeste no es su problema fundamental. USA no tiene derecho a desenfocar el problema de El Salvador y de otros países en situación similar haciendo de lo accesorio lo principal y de lo principal lo accesorio. Tampoco la URSS tiene derecho a desenfocarlo, como si lo que pretenden las luchas libertarias es favorecer el predominio del bloque socialista frente al bloque capitalista, por más que el resultado de esas luchas pueda cambiar, aunque sea ligeramente, la correlación de fuerzas entre un bloque u otro. El punto de mira fundamental debiera ser el del bienestar del pueblo, la liberación de las mayorías populares, lo que exige la razón y la justicia. Pretensión moralizante e idealista, utópica, pero no por ello menos verdadera y justa. Incluso sumamente pragmática a la larga.

Pero mientras las grandes potencias dejan un poco de lado sus intereses hegemónicos para mirar por el bien de la humanidad, es claro que en El Salvador las fuerzas sociales tienen que atenerse a los datos reales. Sobre todo en lo referente a la presencia impositiva de Estados Unidos que es la potencia hegemónica, cuya intervención en los asuntos internos salvadoreños es innegable. Una intervención, además, que ha de considerarse como determinante y decisiva en la actual coyuntura; cosa que de ningún modo puede decirse de la presunta intervención del comunis-

mo internacional, a pesar de todos los Libros blancos que se quieran presentar, cuando, aun aceptados como verídicos, todavía demuestran la enorme desigualdad cuantitativa y cualitativa de la intervención norteamericana en El Salvador.

Y los datos reales dicen que Estados Unidos está decidido a no permitir que en El Salvador se establezca una situación, que sobrepase los límites que le parecen insuperables y que ya ha mostrado cuáles son. Y si Estados Unidos pone toda su fuerza en que no se sobrepasen esos límites, va a ser imposible sobrepasarlos. La conclusión puede parecer pesimista, pero es realista. Lo que pasa es que entre los límites estimados como insuperables por Estados Unidos y los que ahora está proponiendo puede darse todavía una distancia importante, siempre que se den condiciones favorables para el proceso revolucionario salvadoreño. Estados Unidos puede ceder y tendrá que ceder, si los costos que le ocasiona su posición son mayores que los beneficios que saque de ella.

Los beneficios son claros, después de lo expuesto en los párrafos anteriores. Si logra derrotar a la guerrilla y si logra impedir definitivamente que se instale en El Salvador un gobierno como el de Nicaragua, habrá conseguido restablecer su prestigio dentro y fuera de sus fronteras, habrá mostrado qué les espera a los movimientos revolucionarios latinoamericanos, habrá puesto freno al expansionismo soviético, habrá mejorado su posición en la confrontación Este-Oeste... La administración Reagan podría presentar todo ello como un triunfo de los republicanos y como un firme cambio de rumbo, que revirtiese el proceso de sucesivas derrotas hacia sucesivas victorias.

Pero pueden darse costos graves y desproporcionados a lo que se quiere conseguir y a lo que se quiere evitar. Si la actual ayuda militar no logra en relativo corto espacio de tiempo acabar con la guerrilla; si, al contrario, ésta se robustece y obliga a una mayor implicación de los norteamericanos en la guerra civil de El Salvador —vietnamización del conflicto—; si se regionaliza la crisis, de modo que primero Guatemala y después Honduras, sin olvidar a Costa Rica y Panamá, empiezan a reproducir la declarada guerra civil salvadoreña, aunque sea en distinto grado y a ritmo temporal diferente; si la barbarie de la represión continúa dándose en el área o acrecentándose de tal modo que la opinión pública norteamericana y occidental la llegue a considerar

intolerable; si el derrumbe económico sigue dándose de modo que aumente la desesperación objetiva de las masas y con ella la protesta y la lucha con su consiguiente represión; si todo esto se da, entonces los costos pueden ser altísimos y Estados Unidos tendría que cambiar de política y situar los límites intraspasables mucho más adelante de donde los tiene actualmente colocados.

Ahora bien estos costos no son puramente hipotéticos. Son potencialmente reales y algunos de ellos actualmente reales. Si se dieran todos ellos en un grado alto o, al menos la mayoría de ellos en un grado mayor que el actual, Estados Unidos o tendría que enviar tropas propias y/o aliadas o tendría que buscar una solución política negociada, que incluiría necesariamente la presencia del FDR-FMLN en el poder del Estado. Ahora bien, el envío de tropas sería un costo altísimo, que pudiera resultar intolerable para el pueblo norteamericano, por más que los republicanos clamen que es ya hora de olvidar el síndrome de Vietnam. Sobre todo, si la izquierda estuviese ofreciendo una constitución del poder del Estado y unos planes de gobierno que no fueran extremistas y totalitarios, sino reflejo de las necesidades objetivas del país y de la correlación de fuerzas que se dan en El Salvador tanto a la hora de la revolución como a la hora de la reconstrucción.

Del lado contrario, el FDR-FMLN tiene que atenerse lúcidamente a la realidad posible. Sabe bien que USA es el máximo obstáculo para su triunfo y así lo demostró cuando ya en enero pidió un proceso de negociación con Estados Unidos (**Declaración del FMLN ante la negativa norteamericana a negociar**, 16 de enero, 1981); negociación pretendida ya desde el 14 de enero, cuando un enviado del FMLN-FDR visitó al Embajador de Estados Unidos en Honduras "para manifestar nuestra disposición a iniciar el diálogo, siempre y cuando Estados Unidos corte la 'ayuda' militar en todas sus formas a la Junta genocida y se comprometa a no invadir militarmente a nuestro país, ni con sus propias fuerzas, ni con tropas ajenas" (ib.). La negociación y el diálogo no han sido posibles. Con pretextos puramente formales se ha cerrado esta posibilidad, ofrecida ya hace cinco meses. Como hemos veni-

do diciendo, USA ha preferido el diálogo de las armas y el diálogo de la muerte. Pero le será tanto más difícil sostener esa posición cuanto el FDR-FMLN ofrezca soluciones más racionales, más acomodadas a la realidad. Sin olvidar, claro está, que USA no les haría caso alguno, por más razones que mostrarán, si no tuvieran un poder militar y/o una capacidad de desestabilización, que les hiciera respetar, que les hiciera temibles. Y esto es lo difícil de conjugar: por un lado una disponibilidad objetiva al diálogo y la negociación mediada y por otro una presión militar y revolucionaria. ¿Por qué Estados Unidos no se atreve a aceptar este diálogo directo con el FDR-FMLN? ¿Por qué no comprueba por sí mismo cuánto están dispuestos a conceder los dirigentes democráticos-revolucionarios y qué garantías de sus concesiones están listos a admitir? Todo lo que sería de difícil e inútil el diálogo del FDR-FMLN con la Junta cívico-militar podría ser de provechoso entre el FDR-FMLN y el gobierno de Estados Unidos. Siempre quedaría abierta la posibilidad de decir que esas propuestas son inaceptables o esas garantías insuficientes. Pero, ¿por qué asegurarlo antes de comprobarlo?

La realidad objetiva de la potencia y de la proximidad de USA respecto del área centroamericana es un dato de primera importancia, un dato insoslayable para el presente y el futuro de la zona. El movimiento revolucionario no puede pasar esto por alto. Es un dato con el que tiene que contar, un dato que impone límites en el tiempo a sueños idealistas. Estados Unidos debería apoyarse más en esta fortosidad objetiva de su potencia y su cercanía limitantes que en grupos y políticas económicas que lo que hacen a la larga es despertar reacciones anti-norteamericanas más desestabilizadoras de la zona de lo que serían regímenes puestos a resolver los gravísimos problemas de cada país. Estados Unidos debería tener, en fin, más confianza en los pueblos que temor a los gobiernos que en un momento determinado asuman su representación en las luchas de liberación. Ojalá el pueblo norteamericano lo entienda así, si es que sus gobernantes son incapaces de entenderlo.

19 de junio de 1981.